


# SANGRE VERDE

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



# La conquista del ESPACIO

# ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

442 - Zarco “el Grande” - *Joseph Berna*

443 - La nube púrpura - *Clark Carrados*

444 - ¡Super-robot! - *Curtis Garland*

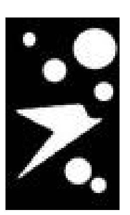
445 - La llamada del cosmos - *Ralph Barby*

446 - El último día del universo - *Clark Carrados*

**RALPH BARBY**

# SANGRE VERDE

Colección
**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 447**
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 2.226 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1979



**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

# CAPÍTULO PRIMERO

Shelk Liberius había estado repasando su nave *Monomicron* y todo parecía funcionar a la perfección.

Las naves del tipo *Monomicron* no eran muy grandes, pero poseían un diabólico poder de autopropulsión en el vacío cósmico.

Pese a ello, eran lanzadas desde los tubos lanza-naves. De esta forma, el chorro de energía nuclear encontraba la resistencia del tubo hermético de lanzamiento, convertido en una vaina de proyectil. Así la nave *Monomicron* salía disparada por delante de la propia nave nodriza que la transportaba, como si fuera una bala, pero en vez de ser empujada por los gases convencionales de la pólvora al explosionar o de los productos nitrocelulósicos, lo hacía la terrible fuerza nuclear extraída de la fusión de hidrógeno.

La gigantesca nave nodriza que era utilizada para los viajes interestelares, transportaba en su hangar un total de doce naves *Monomicron.*

Cada una de estas pequeñas naves de combate sólo admitía un tripulante y el radio de acción no excedía de los cien millones de kilómetros, lo que resultaba escaso para largos desplazamientos; sin embargo, en casos excepcionales, podía transportar a un pasajero si se desprendía de un par de misiles de combate.

Shelk Liberius, lo mismo que el resto de cosmonautas de la milicia de combate, cuidaba su nave o mejor, la mimaba. Cada uno de los pilotos cosmonautas milicianos tenía que ser, además, ingeniero, porque se le exigía conocer tan a fondo la composición y el mantenimiento de su nave como el manejo de la misma, asegurándose de esta forma que el cosmonauta tendría su nave siempre a punto, cuidando él mismo de su seguridad y fiabilidad.

Cada veinticuatro horas tenían la obligación de revisar las *Monomicron*, engrases, control de circuitos, combustible, armamento, equipo de emergencia, supervivencia y suministros alimenticios.

Todo tenía que estar dispuesto, porque en cualquier momento podía sonar la alarma de combate y los pilotos cosmonautas se verían obligados a introducirse en sus naves en un tiempo récord inferior al minuto, mientras unos carriles ya introducían las *Monomicron* de combate en los tubos de lanzamiento.

—Capitán Liberius...

Se volvió. El muchacho, delgado y muy joven, le sonreía.

—Hola, Johnny.

—Capitán, ¿puede dedicarme unos minutos?

—¿Problemas?

—Tengo una fuga en mi *Monomicron*.

—¿Energía?
—Sí.
—¿Cantidad?
—Cero coma cero dos —respondió, sin dejar de sonreír, el jovencísimo John Donatello al que todos llamaban simplemente Johnny.
—No es mucho, es más bien despreciable. Se puede salir al exterior con ese problema, pero es mejor buscar la fuga y arreglarla.
—Señor, la he buscado y no la he encontrado.
—Un poro que para descubrirlo hace falta el microscopio, es dificultoso; pero te prometo que lo encontraremos, muchacho.
—Gracias, señor. Me daba apuro tener que comunicárselo al comandante Tager.
—Nuestro comandante de escuadrilla, él mayor Tager, es el mejor piloto cosmonauta miliciano de todos los tiempos, Johnny.
—Sé que usted lo admira, señor.
—Es un honor para mí estar a sus órdenes como segundo.
—Y para mí como piloto teniente, señor.
—Lo sabía. Piensa, Johnny, que el mayor Tager es el único de nosotros que tiene experiencia de combate. El participó en la guerra Alfa-Centauro que ganó la Confederación Terrícola gracias a bravos cosmonautas como él. Nosotros no hemos pasado de hacer prácticas de tiro con meteoritos errantes y no es difícil desintegrarlos sabiendo que ellos no van a replicar a nuestros disparos. El mayor Tager sí sabe cómo manejar una *Monomicron* en el vacío del cosmos. Debes obedecerle ciegamente, tenerle una confianza absoluta.
—Lo sé, señor, pero impresiona.
—Es cierto, impresiona. Ha vivido muchas historias en el espacio y no es de los que las cuenta para inflar su vanidad.
—Atención, atención, capitán Liberius, atención, preséntese en la sala de mando inmediatamente.
Shelk Liberius levantó su mano izquierda. Alrededor de la muñeca portaba un artilugio polivalente que lo mismo le daba la hora que servía de computadora o lo utilizaba como intercomunicador.
Le bastó oprimir uno de los diez pulsadores que tenía por tres veces para que en la sala de control se recibiera el aviso de que había captado la llamada.
—Bueno, Johnny, ya veremos lo de tu fuga de energía en otro momento, ahora me llaman.
—No corre prisa, señor.
Shelk Liberius le puso la mano sobre el hombro. Le caía bien Johnny, se parecía a él mismo unos pocos años antes, cuando era un recién salido de la escuela de cosmonautas.
Shelk Liberius, con zancada larga, elástica, pasó entre las naves

*Monomicron* que ocupaban el hangar que se hallaba en la panza de la nave nodriza *Protozoo-Z21* y se dirigió al ascensor.

En él, subió al cuarto nivel.

Abandonó el ascensor y en el corredor se encontró con la ingeniero jefe del departamento de control, orientación y telecomunicaciones.

—Hola, Nella, ¿Algo grave?

—No lo sé, yo también he sido requerida en la sala del comandante en jefe de la *Protozoo Z21*, lo mismo que tú.

—Bien, veremos qué quiere nuestro estimado y sesudo coronel Faber Might. Espero que sea algo bueno, estoy harto de salir a pulverizar meteoritos como medida de entrenamiento.

* * *

En la sala de mandos, alrededor de la mesa oval de color blanco, estaban los jefes de cada sección, Peter Gonzálvez, con su gran bigote, jefe de mantenimiento; el mayor Percival Tager, siempre con su rostro grave y sus ojos semicerrados, con un gesto duro en la boca, pero siempre dispuesto a tender la mano a quien la necesitase sin pedirle nada a cambio, mas era un hombre que no admitía ninguna clase de broma; el doctor Hamilton, jefe de la enfermería y el comandante en jefe de toda la expedición, el coronel Faber Might; y ahora llegaban Nella y Shelk Liberius como segundo del mayor Tager. La reunión prometía ser interesante.

—Siéntense — ordenó casi tajante el coronel Faber Might.

Todos tomaron asiento. El comandante general pulsó dos de los botones que tenía a su alcance y el centro de la mesa se iluminó, apareciendo en ella un mapa estelar.

—Nuestra nave es el punto rojo que ven avanzar por el grado ciento tres en dirección doscientos ochenta y tres. Esa línea fina roja, como saben, es la línea por donde pasamos. En el centro está Sirio y nuestro objetivo es el planeta X-304, Huelga decir que los planetas denominados con una X delante de su número identificativo son planetas que no han sido explorados y que desconocemos todo o casi todo de ellos. Sin embargo... —se creó una ligera tensión. El coronel Faber Might era propenso a hacer aquellas pausas para acaparar más la atención de quienes le escuchaban.

—Tenemos noticia de la desaparición de una nave *Pioneer* privada en este sector —prosiguió—. Se supone que se estrelló contra ese desconocido planeta y no se han vuelto a tener señales de vida de los desaparecidos. Nuestra misión es efectuar un acercamiento al planeta X-304 y descender para explorarlo. Se levantará una cartografía fotográfica que se enviará a la superioridad; se realizarán las

exploraciones mineras habituales y también de posible existencia de vida y mientras, buscaremos los, restos de la nave desaparecida. Hasta ahora ignoramos si ese planeta posee un poder superior de atracción de metales o una magnetoesfera hiperactiva que pueda ocasionarnos problemas, por lo que enviaremos una avanzadilla de *Monomicrons.*

—Señor, me ofrezco voluntario —dijo rápidamente el capitán Shelk Liberius.

El coronel Faber Might, con gesto poco conciliador, consciente de que ejercía el mando y que debía ser obedecido casi como un dios dentro de la gran nave *Protozoo Z21*, ya que era el comandante en jefe de la expedición, le cortó:

—No he pedido voluntarios, capitán Liberius. Para las aproximaciones a planetas desconocidos hace falta un comandante de vuelo con experiencia. Nunca se sabe si podemos tropezamos con una civilización inteligente, desconocida y evolucionada tecnológicamente que pueda llegar a pensar que tratamos de invadirles y, por tanto, aniquilar nuestras naves. El mayor Percival Tager, como comandante en jefe de la escuadrilla de *Monomicrons*, dirigirá la aproximación. ¿Comprendido, mayor Tager?

—Sí, mi coronel, es un honor.

—Llevará con usted dos naves *Monomicron* más como escolta.

El coronel Faber Might observó que el capitán Shelk Liberius miraba al mayor Tager interrogante. Todos lo observaron y se dieron cuenta de que el capitán Liberius, joven y pletórico de vitalidad aunque carente de la experiencia y la gloria del casi legendario mayor Tager, ardía en deseos de salir con su pequeña nave al espacio en busca de aventuras.

—Por supuesto, mayor Tager, que entre ésos dos cosmonautas que llevará como apoyo y escolta, no contará con el capitán Liberius que como segundo comandante de la flotilla de *Monomicrons* quedará al mando de ella interinamente hasta que usted regrese de la misión que ahora le estoy encomendando.

—Escogeré a los hombres apropiados, coronel.

—Estoy seguro de ello. En cuanto a los demás, deberán estar en sus puestos constantemente, especialmente usted, Nella. Quiero que no se pierda ni una sola de las comunicaciones con el mayor Tager, tanto si son comunicaciones orales como de recepción de datos.

—Todo estará listo, coronel —aceptó la ingeniero Nella que, pese a su juventud y belleza, revelaba una gran inteligencia.

—Usted, capitán Liberius, como ya he dejado expuesto, quedará al mando de la flotilla y lo tendrá todo listo por si hay que salir en ayuda de los expedicionarios. Ingeniero Gonzálvez...

—Sí, mi coronel.

—Todo el mantenimiento debe estar dispuesto por si surgen

averías.

—No fallará nada, mi coronel.

—Estoy seguro de ello, es usted un profesional competente. Doctor Hamilton...

—La enfermería está lista, señor.

—Bien. Antes de partir, el mayor Tager y los dos cosmonautas que le acompañarán que pasen por revisión médica.

El coronel Faber Might fue dando órdenes concretas a cada uno de sus ayudantes directos, a su vez jefes de departamento. Era un hombre muy meticuloso y no quería dejar nada al azar.

* * *

Setenta y dos minutos más tarde, el mayor Percival Tager se encerraba dentro de su nave *Monomicron* y lo mismo hacían los teniente Paul Duncan y el joven Johnny Donatello que reventaba de emoción al haber sido uno de los elegidos por el admirado mayor Tager.

—Bien, capitán Liberius, la escuadrilla queda bajo su mando en mi ausencia.

Se saludaron y estrecharon las manos después. Shelk Liberius pensó que daba lo mismo quedarse o no allí de comandante; después de todo, la acción de explorar la llevaría a cabo el mayor Tager.

Se acercó a Johnny y éste le preguntó en voz baja:

—Señor, ¿debo comunicar la fuga de energía que tengo en mi *Monomicron*?

—No, Johnny, si no pasa de esa ínfima cantidad. Cuando regreses ya revisaremos la nave, puedes ir tranquilo, pero haces bien de consultar y descubrir la fuga. Ahora, suerte, vas a acompañar al mejor cosmonauta del espacio.

—Lo sé, señor, y después de él está usted.

—¿Yo? —se sonrió—. Yo no he podido demostrarlo como el mayor Tager.

Las tres naves *Monomicron* fueron introducidas en los tubos de lanzamiento que quedaron cerrados herméticamente y absorbido su aire por la bomba de descompresión.

Se abrió la escotilla de salida y el mayor Percival Tager se comunicó con quienes iban a escoltarle.

—Dentro de veinte segundos saldré yo del tubo. Con cinco segundos de diferencia lo hará el teniente Duncan y cinco segundos después, el teniente Donatello.

Hicieron la cuenta atrás.

Seguro de sí, sin vacilar, cuando la cuenta llegó a cero, el mayor Tager presionó el botón rojo de disparo de propulsión nuclear y la

*Monomicron* salió como un proyectil del interior del tubo, sumando a la velocidad de crucero de la gran nave nodriza *Protozoo Z21* la velocidad de su propia propulsión.

Cinco segundos más y salió la segunda nave; otros cinco y se separó la *Monomicron* de Johnny.

Las tres naves se alejaron por delante de la gran nave interestelar. Shelk Liberius las vio desaparecer de su vista, pero se encendieron las pantallas de seguimiento y pudo ver a las tres naves en perfecta formación.

—Un hombre singular el mayor Tager, ¿verdad, capitán Liberius?

Estaba tan absorto mirando la pantalla de seguimiento que no se había dado cuenta de que la ingeniero Nella se le acercaba.

—Si, un hombre muy especial en el que cualquiera puede confiar. Es duro de trato, pero noble y valeroso y conoce el cosmos como nadie. Es una suerte tenerle entre nosotros.

—Se nota que le admiras mucho.

—Cuando yo estaba en la escuela de cosmonautas, ya lo teníamos a él como la imagen del héroe en el espacio y todos deseábamos ser destinados a sus órdenes para poder aprender de él. Yo he tenido esa suerte y debo aprovecharla.

—Sin embargo, el mayor Tager es un solitario.

—Dicen que su mujer le traicionó y desde entonces ha vivido solo.

—¿Y eso es cierto o es una leyenda? —preguntó Nella.

—No lo sé, pero los hombres que obtienen fama de héroes desde muy jóvenes, viven mucho para sí mismos y quizá ella no supo soportarlo bien.

Mientras, las tres naves *Monomicron* se alejaban más y más siguiendo la misma ruta que la gran nave nodriza, pero adelantándose a ella.

El objetivo era el mismo: El desconocido planeta X-304, y todos ignoraban lo que allí podía aguardarles.

El comandante en jefe de la expedición, el coronel Faber Might, se había quedado en su despacho de mando. Estaba seguro de que cada una de las secciones de su nave funcionaría bien, pero pensaba en el mayor Tager y lo que podía encontrar en el planeta desconocido.

Cada vez que una expedición se aventuraba a explorar un nuevo planeta, se suscitaba una gran incógnita para los seres terrícolas. ¿Habrían otros seres inteligentes? Hasta entonces sólo habían encontrado como máximo planetas con flora y fauna, pero sin vida inteligente evolucionada. ¿Sería aquél el primer planeta donde poder descifrar el enigma de otros seres distintos a ellos?

En el fondo, cada comandante de las distintas expediciones deseaba encontrarse con una nueva civilización inteligente con la cual

poder entablar contacto, pero si existían esos nuevos seres, ¿serían amigables?

Había cumplido las ordenanzas de exploración, había enviado por delante las *Monomicron* para explorar y advertir de algún posible peligro y ahora sólo cabía esperar.

# CAPÍTULO II

—Atención, atención, el mayor Tager a los tenientes Duncan y Donatello... ¿Me escuchan?

—Teniente Donatello a la escucha —dijo Johnny desde su nave *Monomicron* que volaba ligeramente detrás de la nave del mayor Tager y a su derecha

—A la escucha el teniente Duncan.

—Bien —aceptó el mayor Tager—. Ahí delante tenemos el planeta desconocido X-304. Dentro de unos instantes entraremos en su órbita. Teniente Duncan

—Le escucho, mayor.

—Usted volará a cincuenta millas a mi izquierda.

—Orden recibida, mayor.

—Teniente Donatello...

—Le escucho, mayor.

—Usted volará cincuenta millas a mi derecha.

—Orden recibida, mayor.

—Abriremos un frente de cien millas en la atmósfera. Primero orbitaremos la magnetoesfera y enviaremos los datos que vayamos obteniendo a nuestro centro de control en la nave *Protozoo Z21*. En la segunda órbita entraremos en la ionosfera, la tercera en la estratosfera y finalmente en la troposfera. Iremos enviando imagen de cuanto podamos captar.

—Mayor...

—Le escucho, teniente Donatello.

—¿Tomaremos contacto con el suelo del planeta?

—Posiblemente sí, teniente Donatello, si no ocurre ningún contratiempo, pero ese punto lo determinaremos más tarde según se presenten los acontecimientos.

El mayor Tager había establecido su plan de aproximación y las tres veloces naves *Monomicron* entraron en la primera de las órbitas. Los datos comenzaron a fluir de sus telecomunicadores hacia la nave *Protozoo Z21* que había quedado millones de kilómetros atrás. También se acercaba rápida al desconocido planeta, pero con más cautela por si se producía algún desagradable encuentro.

* * *

En las pantallas de los telecomunicadores de la *Protozoo Z21* estaban viendo ya el planeta desconocido y calculando sus constantes físicas.

El capitán Liberius, después de comprobar que la flotilla de

*Monomicrons* estaba lista para salir de la panza de la gran nave nodriza a poco que se le requiriera, se acercó al departamento de orientación, control y telecomunicaciones al mando del cual estaba la ingeniero Nella.

—¿Qué tal va eso?

Nella, que controlaba a sus seis subordinados, cuatro hombres y dos mujeres, respondió:

—Por ahora es un buen planeta.

—¿Un planeta habitable?

—Si no lo contradicen nuevos datos, así lo parece.

—Ya he visto que la atmósfera es azul.

—Sí, una atmósfera tipo uno, es decir, como la nuestra en el planeta Tierra. Estamos haciendo los análisis espectrográficos mientras los exploradores realizan también análisis químicos automáticos, pero a simple golpe de vista, la atmósfera parece buena.

—Tiene unas características similares a las del planeta Tierra —opinó Shelk Liberius mirando al planeta.

—Tiene una densidad algo mayor.

—¿Cuánto?

—Uno coma tres

—No es mucho.

—El planeta tiene en su superficie menos agua que el planeta Tierra y efectuar esfuerzos físicos sobre su corteza requerirá algo más de esfuerzo; el cansancio aparecerá antes.

—Uno coma tres no es demasiado.

—Sí, uno coma tres no es demasiado si se va de visita, pero si tuvieran que hacerse grandes esfuerzos, se notaría mucho.

—Habiendo máquinas y robots para los esfuerzos físicos...

—¡Mira, la pantalla del centro pertenece a la telecámara que lleva en su *Monomicron* el mayor Tager y acaba de enfocar algo que parece una metrópoli!

* * *

En el centro del control hubo gran excitación.

El mayor Tager, que parecía haberse dado cuenta de ello, aumentó la potencia de su telecámara mientras Nella pulsaba un botón morado de llamada urgente al comandante en jefe.

—Habla el comandante Faber Might. ¿Ocurre algo, ingeniero Nella?

—Señor, hay una metrópoli en este planeta.

—¡Rápido, pase las imágenes a mi despacho

Nella pulsó varias teclas y al mismo tiempo que observaban en las pantallas gigantes del centro de control lo que enfocaban las naves

exploradoras, se iluminó una pequeña pantalla en el despacho del comandante y éste pudo ver la metrópoli.

La metrópoli dejó de verse. Las naves exploradoras la habían rebasado, no quedaba bajo la línea recta de sus telecámaras, pero ya estaban grabadas las imágenes en la memoria del centro de control y podrían volver a visionar aquella grabación tantas veces como quisieran, a cámara lenta y aumentadas, en color y en tres dimensiones.

—Comandante, ¿le vuelvo a pasar imágenes?

—No, no, sigan adelante a ver si descubren otras metrópolis o naves, especialmente en movimiento.

Los exploradores terrícolas rodearon el desconocido planeta en varias ocasiones. Pudieron observar hasta diez nuevas y pequeñas metrópolis, pero la grande había sido la primera en ser avistada; aquélla parecía ser el núcleo principal.

—Atención, atención, habla el mayor Tager en vuelo alrededor del planeta X-304. ¿Me escuchan?

La propia ingeniero Nella respondió:

—Le escuchamos perfectamente, mayor, recibimos bien su sonido y su imagen.

—El planeta parece biológicamente vivo, pero no hay señales de vida inteligente actual. Las metrópolis están quietas, como muertas. Esperamos órdenes.

Se escuchó la voz del coronel Faber Might que había estado atento y que ordenó:

—Desciendan cerca de la colina que domina la metrópoli.

—¿Los tres, coronel?

—No, mayor Tager, usted y el teniente Donatello. Que el teniente Duncan permanezca en vuelo circular sobre la metrópoli, dispuesto a intervenir si se hace necesario.

—Orden recibida, coronel Faber Might.

Se cortó el sonido, pero siguieron llegando las imágenes captadas por las telecámaras adosadas a las naves *Monomicron*.

—Es emocionante, ¿verdad? —preguntó Nella, excitada.

—Sí, lo es de veras —admitió Shelk Liberius—. Me gustaría estar ahora ahí abajo.

* * *

Pero, iba a ser el mayor Tager quien se llevara el honor de ser el primer terrícola que pisara el suelo del planeta X-304, a menos que reivindicasen tal acción los pioneros civiles desaparecidos en aquel área tiempo atrás.

El mayor Tager fue reduciendo velocidad y lo mismo su nave que

la del teniente Donatello fueron quedándose quietas en el aire sobre la vertical de la colina que dominaba la gran metrópoli.

Descendieron luego lentamente, mientras el teniente Duncan volaba en círculo, atento a prestar ayuda si se le requería.

Las dos naves se detuvieron sobre la colina.

A través de los cristales, miraron hacia la quieta y fantasmal metrópoli, una ciudad grande, bien ordenada, con pistas de circulación vial muy atrevidas, como sosteniéndose en el vacío.

—Mayor Tager, aquí el teniente Donatello. ¿Qué hacemos?

Johnny estaba nervioso, excitado ante lo que se extendía frente a sus ojos.

—Tranquilo. Se están realizando los análisis correspondientes para saber si podemos salir de las naves con las ropas que llevamos o bien tenemos que vestirnos con trajes de supervivencia.

Durante casi treinta minutos estuvieron enviando imágenes y -datos a la nave *Protozoo Z21*.

Al parecer, en la atmósfera no había ningún gas letal para los seres humanos. La densidad era uno coma tres y la presión atmosférica, algo más alta que en el planeta Tierra. La temperatura, veintinueve grados Celsius

—Teniente Donatello —llamó el mayor Tager desde su nave.

—Le escucho, mayor.

—Coja su fusil y descendamos de la nave, vamos a explorar.

—A la orden, mayor.

Primero bajó el mayor Tager, luego lo hizo Johnny y ambos, con el uniforme azul y púrpura y sus correspondientes cascos de seguridad, pisaron el planeta X-304.

Llevaban consigo los fusiles polivalentes por si eran atacados. El sol Sirio brillaba cegadoramente, no se le podía mirar y la humedad ambiental era elevada, estaba en el noventa y cinco por ciento.

Por donde quiera que hubiese tierra, se alzaban plantas de diversas variedades, desconocidas para los terrícolas, algunas de las cuales parecían recias mallas que trataban de cubrirlo todo. Mallas vegetales que se expandían por zonas pétreas, construidas indudablemente por seres inteligentes y que la lujuriante vegetación trataba de ocultar.

—¿Hacia dónde vamos, mayor?

—Hacia el centro de la metrópoli, pero en línea recta. He dejado conectado el seguidor automático de infrarrojos y las telecámaras nos estarán enfocando en todo momento. De esta forma seremos seguidos por las pantallas de nuestro centro de control en la *Protozoo Z21*. Lo que no hay que dejar de ver son nuestras *Monomicrons*; porque mientras nosotros veamos las naves, las telecámaras nos verán a nosotros.

—Comprendido, mayor.

Avanzaron pendiente abajo por una pista que luego se elevaba por encima de las edificaciones suburbiales de la metrópoli y se iba directamente hacia el centro.

—Mayor, ¿se ha fijado en que los edificios, pese a tener una altura máxima de tres plantas, son muy grandes?

—Sí, me he fijado. Las ventanas son grandes, las puertas también. Los techos de las estancias deben ser muy altos, estarán entre los siete y diez metros.

—Sí, cuando lo normal en la Tierra está sobre, los tres metros.

—Quizá los seres que vivían aquí eran más altos —observó el mayor Tager que con su mirada escrutadora, de ojos vivaces y penetrantes, ojos que tenían mucho de cazadores, miraban en todas direcciones, buscando algo que se moviese, algo que delatara la presencia de un ser vivo

—¿Vivían?

—Sí, porque yo no veo nada, todo está muy quieto.

—Podría ser que nos hubieran visto y dado alguna señal de alarma.

—No lo creo —rebatió el mayor—. Hemos llegado demasiado aprisa para darles tiempo a esconderse, es como si hubieran desaparecido hace mucho, mucho tiempo. Todo tiene aspecto de abandono, aunque las pistas y edificaciones se conserven en perfecto estado. Eso sólo indica que quienes vivieron aquí construían muy bien y durante el tiempo en que todo esto ha permanecido sin vida, no ha ocurrido ningún seísmo que pudiera rajar los edificios o hundir estas pistas voladizas que parece increíble se sostengan en el aire con el peso que deben tener.

—Hace calor, mayor Tager.

—Sí, mucho calor. Supongo que es la humedad ambiental lo que nos hace sudar, además del esfuerzo suplementario que debemos hacer para movernos, ya que tenemos uno coma tres de densidad superior a la que estamos habituados.

—Sí, eso será, mayor —admitió Johnny, notando que el sudor resbalaba por sus mejillas.

Por la pista vial no tardaron en llegar al centro de la ciudad.

Miraban ávidamente a un lado y a otro, más nada había con vida, tampoco nada destruido.

Era evidente que allí no se había producido ninguna guerra destructiva, cataclismo ni la presencia de grandes monstruos que con sus enormes moles hubiesen podido derribar edificaciones.

Todo aparecía en perfecto estado, como si de un momento a otro pudieran empezar a aparecer los habitantes de la ciudad, moviéndose en todas direcciones, pero ¿cómo serían?

—¿Gigantes?

—¿Cómo dice, teniente?

—¡Oh!, estaba pensando en voz alta, mayor. Me preguntaba si los habitantes de este lugar serán gigantes.

—Es posible, a mayor densidad mayor esfuerzo se ha de realizar; por lo tanto, se necesita mayor volumen de músculos, o sea, mayor altura. No obstante, es una regla que no siempre ha sido exacta.

Todos los grandes viales coincidían en el centro de la metrópoli en una especie de plaza, una plaza enorme con suelo de granito pulimentado de color blanco, tan fino y suave que de haberse quitado el polvo allí acumulado, hubiera parecido una gran superficie de cristal sin fisuras.

—Debieron ser excelentes ingenieros y arquitectos —opinó Johnny.

—No cabe ninguna duda, era una civilización muy evolucionada, lo que hace falta saber es cuánto tiempo hace que ha desaparecido.

Miraron hacia la colina. Las dos naves *Monomicron* casi no se veían, eran dos puntos diminutos. Mientras, en el cielo, sin ruido perceptible, el teniente Duncan iba trazando círculos en torno a la ciudad.

—Deben estar viéndonos en las pantallas de la *Protozoo Z21* —dijo el mayor Tager—, pero hay que entrar en eso que parece el gran palacio o parlamento.

—¿Vamos a entrar ahí, mayor? —preguntó el teniente Donatello.

—Entraré yo. Usted se quedará aquí eh la plaza, controlando la entrada del palacio. Mientras, usted será vigilado por las telecámaras; hemos de ir estableciendo puentes de contacto.

—¿No puede ser un riesgo que entre ahí, mayor? —inquirió Johnny señalando la monumental entrada del palacio.

—¿Peligroso? No hay nadie, esto es una metrópoli fantasma. Si hubiéramos hallado restos, podríamos llamarla necrópolis.

—Pero, no hay restos de nada, mayor. Incluso, desde que dejamos atrás la colina y los parques, aquí no hay vegetación.

—No la hay porque no puede haberla. No existen fisuras por donde puedan aparecer las briznas de hierba. Los seres que habitaron aquí debieron resolver el problema de las contracciones y dilataciones de las materias sólidas, máxime teniendo en cuenta el calor que hace aquí.

—Es cierto, mayor, hace un calor bochornoso, pero, ¿y si no existe el invierno en este lugar y la temperatura es constante? Ya no habría problemas de contracciones ni dilataciones.

—Es cierto, teniente. Es algo que ya iremos averiguando, ahora voy a entrar en ese palacio. Usted manténgase aquí vigilando y a su vez será vigilado por nuestras naves.

* * *

El mayor Tager se separó de Johnny. Entre ellos seguirían comunicados mediante los pequeños intercomunicadores personales que llevaban en sus respectivos cinturones.

Johnny no tenía demasiada preocupación. Todo parecía tranquilo y tan quieto que no había ninguna clase de vida posible en su entorno. Ni siquiera soplaba el aire e incluso la vegetación estaba lejos de donde se encontraban.

El mayor Tager avanzó hacia la gran puerta del palacio que, como puerta muy importante, tenía unas considerables dimensiones, triplicando o más la altura y anchura del resto de las puertas de los edificios. Si no tenía veinte metros de altura, poco le faltaría.

El mayor Tager, con el fusil listo para ser disparado, avanzó adentrándose en un monumental porche por el que podrían circular las *Monomicron* sin tocar columnas ni paredes.

Cruzó otra puerta y se encontró en un gran vestíbulo vacío. Siguió avanzando y penetró en una vastísima sala que poseía un gigantesco techo de cristales polícromos.

Aquello era una orgía de luz, un enorme calidoscopio... Los haces de luz del sol Sirio penetraban por aquel lugar expandiendo los haces de luz ya en colores rojos, verdes, azules y amarillos, en todas direcciones.

El mayor Tager parpadeó, no sabía cómo calificar aquel lugar y cuando se hubo habituado a aquel calidoscopio natural, vio grandes hileras de sillones. Sí, aquello podía ser lo más parecido a un parlamento...

De pronto, reparó en que los sillones no correspondían a seres de su mismo tamaño sino a seres más grandes, mucho más grandes. Su altura debía estar entre los tres metros y medio y cuatro...

De pronto, en lo que parecía la tribuna de presidencia, vio una luz verde, amplia y vertical, una luz que tenía forma humana, pero el mayor Tager tuvo la impresión de que se trataba de un haz más de luz de los que penetraban por la cúpula de cristal y que aquellos efectos inesperados le estaban confundiendo.

—Terrícola, vuestro enanismo es una vejación, pero no tenemos otra solución que aceptaros tal como sois.

El mayor Tager vaciló. No supo si era él mismo quien pensaba o que aquella voz le llegaba desde algún lugar desconocido, pero tuvo la impresión de que las palabras no las captaba a través de sus oídos, si no que se habían introducido directamente en su cerebro de alguna forma extraña, quizá telepáticamente.

Sssssssss...

La luz verde fue hacia él y el mayor Tager no pudo ni moverse.

Su dedo no llegó a pulsar el botón de disparo de su fusil y sintió un gran dolor en la cabeza, un dolor intenso, como si la presión dentro del cráneo se hiciera insoportable, como si su cerebro estuviera hinchado. Luego...

* * *

Johnny estuvo llamando por el intercomunicador sin obtener respuesta del mayor Tager. Si le llegó la voz del teniente Duncan preguntando:

—¿Ocurre algo, Johnny?

—Duncan, el mayor Tager se ha introducido en una especie de palacio y no responde.

—No te pongas nervioso, Johnny, quizá el tipo de construcción impide que te lleguen las ondas del intercomunicador.

—Voy a ver qué ha pasado. Mantente alerta, Duncan.

Solo y preocupado, Johnny avanzó hacia la gran entrada del palacio del parlamento.

Cruzó el vestíbulo y al entrar en la inmensa sala de grandes butacas, lo primero que vio fue la orgía de luz que penetraba a través de la cúpula de cristales de colores que no debían estar cortados en pedazos planos a juzgar por la diversificación de los haces de luz.

—¡Mayor Tager!

Se inclinó sobre el mayor que estaba medio caído junto a una de las butacas.

El mayor Tager balanceó la cabeza, abrió los ojos y se quedó mirando con fijeza a Johnny. Este tuvo la fugaz impresión de que aquellos ojos le observaban con la curiosidad con que le examinaría un desconocido.

—Hola, Johnny.

—Mayor Tager, ¿qué le ha sucedido? —preguntó el jovencísimo teniente, buscando en el cuerpo de su superior alguna posible herida.

—No me pasa nada, Johnny, sólo ha sido un desvanecimiento. Creo que hace mucho calor y demasiada humedad.

Johnny hubiera deseado decirle que debía pasar al *doc.*, pero sabía muy bien que no podía ni siquiera sugerirle algo a su comandante, un cosmonauta que había pasado por tantas y tantas situaciones difíciles de las que había sabido salir con bien.

—¿Puedo ayudarle, mayor?

—No, no hace falta, ya me encuentro mejor.

El mayor Tager se incorporó, miró en derredor y dijo:

—Una magnífica cámara parlamentaria, pero no hay nadie. Vámonos.

—El teniente Duncan está preocupado.

—¿El teniente Duncan?

—Sí, como no recibíamos señales de usted, mayor.

—Vamos pues.

Salieron de la gran edificación y Johnny llamó:

—Duncan, Duncan... ¿Me oyes?

—Sí, Johnny, te oigo.

—Todo está bien, regresamos.

* * *

El mayor Tager echó a andar en dirección a la colina donde habían quedado las naves *Monomicron*. La metrópoli, pese a hallarse en perfecto estado, resultaba hostil. Era más agradable acercarse adonde había vegetación.

—Parece un buen lugar para vivir —opinó Johnny.

El mayor Tager no respondió.

A Johnny le sorprendió el hermetismo del mayor Tager pese a que de ordinario era un hombre poco amistoso en el sentido jovial de la palabra, ya que si tenía que exponer su vida por salvar a un compañero, lo hacía sin vacilar.

Shelk Liberius arriesgaba igualmente su vida por los demás, pero en el trato social y humano, era totalmente distinto al mayor Tager. Liberius era asequible y procuraba no emplear los tratamientos de ordenanza. Johnny, más que como a un superior, lo había tomado como a un amigo o mejor como a un hermano en el que podía confiar totalmente.

—Subamos a las naves. Daremos unas vueltas más y esperaremos en la magnetoesfera la llegada de la *Protozoo Z21*.

Las dos naves de combate se alzaron en vertical sin prisa, separándose de la corteza de aquel planeta que aún seguía siendo un misterio para los terrícolas.

# CAPÍTULO III

El mayor Tager se encerró en el despacho del coronel Faber Might para intercambiar impresiones con él mientras la gran nave interestelar *Protozoo Z21* giraba en torno al planeta que tenían que explorar en profundidad.

Shelk Liberius se acercó a Johnny que estaba junto a su nave *Monomicron*.

—Vamos a ver si encontramos la fuga de energía que te preocupaba.

—Ah, capitán Liberius. Ha sido extraordinario.

—¿La visita al planeta?

—Sí.

—Hemos seguido vuestras andanzas gracias a las telecámaras.

—Lo sé, señor, pero es que sentirse allí, entre aquellos grandes y majestuosos edificios, levantados por una civilización muy evolucionada, pero ya desaparecida...

—¿Seguro que está desaparecida?

—No había ningún rastro de vida, señor.

—Eso no es tan fácil de determinar, Johnny. Podían estar escondidos ante el supuesto de que iban a ser invadidos por seres extraños como nosotros somos para ellos.

—No creo que nos tuvieran miedo, de haber existido.

—¿Por qué no?

—Eran gigantes, señor, por lo menos medirían el doble que nosotros.

—De veras es interesante. Habrá que buscar restos, tiene que haber tumbas o fósiles, algo que nos ayude a ver cómo eran o cómo son.

—No hemos visto nada, señor, ni estatuas, grabados ni pinturas.

—Quizá en alguna parte encontremos algo, lo buscaremos.

—No todas las civilizaciones gustan de representar sus figuras.

—Es cierto. La mahometana no era partidaria de esculpir, grabar ni pintar figuras humanas o de animales.

—Yo no he visto nada y no creo que puedan encontrarse en toda la metrópoli. Lo que hace es mucho calor y es fatigoso caminar, se nota el peso del propio cuerpo.

—Sí, un cero coma tres más de gravedad se nota si no se lo toma uno con calma: es como cargar nuestros cuerpos con veinte o veinticinco kilos extras.

—Cuando sales de la nave —explicó Johnny— te crees que es por haber estado largo tiempo en la butaca de pilotaje y que te reharás pronto, pero luego caminas y con el calor que hace te notas cansado y

sudas, hay una humedad muy alta.

—Sí, también lo sé. Se tratará de seguir un período de adaptación para vivir bien.

—Por lo demás, parece un lugar estupendo. La vegetación es espléndida y no existe contaminación atmosférica. Lo que no sé es lo que le pudo pasar al mayor Tager.

—¿Qué le ocurrió?

—Quizá a él le disguste que lo diga — vaciló.

—Bueno, guardaremos el secreto.

—Verá, señor, encontré al mayor casi inconsciente dentro del palacio parlamentario de la metrópoli. Creo que tuvo un desvanecimiento y cuando lo encontré tenía la mirada un poco rara. Se repuso muy pronto, pero luego no quiso hablar.

—Si hace calor, la humedad es alta y hay una gravedad superior, ha podido ser un esfuerzo para el mayor Tager que últimamente no visita demasiado el gimnasio.

—Sí, claro. De todos modos, me ha parecido un poco extraño. El lugar era muy hermoso, había mucha luz y luces de colores, como un gigantesco calidoscopio.

—¿Dentro de ese palacio?

—Sí, toda la cúpula es de cristales de colores que envían los haces de luz en distintas direcciones. Es muy hermoso, pero tan luminoso que en los primeros momentos se siente uno confundido, como delante de un fenómeno extraño. Yo mismo parpadeé varias veces antes de ver, medio tendido, al mayor Tager. Antes sólo veía colores.

—Esos impactos de colores pudieron producir un vahído al mayor Tager que quizá precise una revisión médica en sus ojos.

—De todos modos, no diga que yo se lo he contado, el mayor podría molestarse conmigo. No me ha prohibido que lo cuente, pero podría opinar que mi lengua se mueve demasiado.

—No temas, Johnny, no divulgaremos lo que el propio mayor Tager no desee divulgar. Un vahído puede tenerlo cualquiera, no somos máquinas si no seres humanos con nuestros momentos altos y bajos; supongo que tú también los tendrás.

—Naturalmente, señor, estoy muy cansado.

—Quedas relevado de servicio. Anda, ve a descansar.

—¿Y la fuga de energía, señor?

—Habrá tiempo. ¿Ha aumentado la pérdida?

—No, señor.

—Bien, la buscaremos. Ve a descansar, pero antes pásate por enfermería.

—¿Por enfermería, señor?

—Sí, es mejor. Después de todo está establecido en las ordenanzas que cada vez que se regresa de una exploración fuera de la nave

nodriza hay que pasar por revisión médica.

—Si cumpliéramos todas las normas al pie de la letra...

La protesta del joven no sirvió para que el capitán Liberius cediera, pues insistió:

—Esta sí hay que cumplirla.

—Está bien, señor, pasaré por enfermería, pero le doy mi palabra de que me siento perfectamente.

—Tú mismo has reconocido que has realizado un gran esfuerzo.

—Bueno, quizá he exagerado un poco. Puede ser la emoción al encontrarme ante los edificios de una civilización desconocida.

Johnny Donatello se alejó hacia la enfermería, abandonando el hangar donde se hallaban todas las *Monomicron* y dos naves de transporte de personal, dos naves más bien lentas, pero que servían para llevar personal y material desde las grandes naves interestelares a las superficies de los planetas que se pretendía explorar.

* * *

Shelk Liberius, un hombre alto, joven, fuerte, de cabellos rubios oscuros, se había quedado un tanto preocupado.

Admiraba al mayor Tager y temía que pudiera sucederle algo. Tager era un hombre joven todavía y no era lógico que en una misión en la que no había tenido problemas sufriera un desmayo, a menos que en el aire hubiera algún gas o virus nocivo; aunque si había sido atacado en tal forma, parecía haberse repuesto perfectamente, porque había llegado moviéndose con elasticidad y dureza como era habitual en él.

Shelk Liberius subió en el ascensor hasta la planta de mando. Allí se encontró a Nella que le sonrió y, casi de inmediato, preguntó:

—¿Sucede algo, Shelk?

—No, no, nada importante.

—¿Un poco de celos profesionales, acaso?

—¿Celos profesionales? Quizá —se encogió de hombros—. Creo que me hace falta divertirme un poco.

—¿Vas a ir a tu camarote para visionar algún programa de divertimiento? La verdad, me gustaría pasar un rato contigo —puntualizó, haciendo su voz más profunda y sugerente.

—Nella, tú como todos sabes que los largos períodos de miles de horas de encierro en las naves interestelares causan problemas psicológicos esporádicos.

—Algunos no pueden soportarlo bien. Vosotros los cosmonautas que pilotáis *Monomicron* tenéis la oportunidad de escapar aunque sea durante unas horas y viajar solos por el espacio.

—Sí, no deja de ser una liberación. Lo cierto es que la flotilla sólo

ha salido de esta macronave en tres ocasiones, dos para prácticas de tiros sobre meteoritos errantes y una para explorar ese planeta, es muy poco.

—Cuando seas tú el comandante de la flotilla podrás ordenar más salidas, pero mientras el comandante sea el mayor Tager…

—El mayor Tager es el mejor de los cosmonautas.

Ella, sin vacilar, le objetó:

—Sin embargo, en tu cabeza hay un pero, ¿verdad?

—En todo hay peros. El mayor Tager es el mejor de los cosmonautas, pero, como tú dices, no es lo mismo ser el mejor en solitario que el mejor mandando una flotilla que le obedece ciegamente.

—¿Le haces observaciones como comandante?

Liberius suspiró.

—Sé que hacer una observación sobre un superior, refiriéndose a sus actuaciones como tal, equivale al posible cese automático del cargo que se ostenta; pero, la verdad, me gustaría que el mayor Tager consultara un poco más lo que ha de hacer.

—¿No cuenta contigo para nada?

—Soy su segundo, pero para obedecerlo en todo. No hay matices, no hay consultas. No puedo exponer jamás mis propias ideas. Ahora, si quieres contárselo al mayor Tager o al propio coronel Faber Might, puedes hacerlo, pero necesitaba decírselo a alguien y no se lo podía confesar a ninguno de los muchachos de la flotilla de cosmonautas de combate.

—No tengo por qué contar nada a nadie. ¿Quieres que vayamos al club a tomar un trago?

—De acuerdo — sonrió Shelk Liberius.

* * *

Caminaron en dirección al pequeño club donde mataban el ocio los miembros de la dotación de aquella macronave exploradora del espacio, a la búsqueda de los enigmas de los planetas desconocidos.

En el club había una pantalla grande donde se pasaban filmes constantemente, algunos culturales, otros de simple evasión. Algunos jugaban al ajedrez aislados por campanas invisibles antisónicas; otros jugaban a los naipes y había quien leía en las pantallas de los pequeños televisores móviles que, conectados a una videoteca central, proporcionaban la lectura que se deseaba sin tener que pasar hojas. Bastaba pulsar un botón para que la página pasara y poder seguir leyendo. La nitidez de las letras era perfecta y el tamaño de las mismas se graduaba a voluntad del lector.

Nella y Shelk se sentaron frente al mostrador del club.

—Sobre el mayor Tager opino lo mismo que tú, Shelk.

—La verdad, Nella, no sé si estos largos viajes por el cosmos nos desequilibran o no; luego están las ordenanzas, demasiado severas para las dotaciones de las naves interestelares.

—Sin esas ordenanzas se correría el riesgo de que la disciplina se degradara y todo se convirtiera en una orgía que nos llevara el caos final.

—Nella, nos han instruido en un compañerismo demasiado frío, especialmente entre sexos.

—No está prohibido el amor —objetó ella.

—Es cierto, pero nos lo han enseñado de una forma tan fría y aséptica que es casi lo mismo que meternos en una máquina para liberarnos de tensiones.

—¿Y tú crees en otra clase de amor?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Eso no se puede explicar, eso se tendría que...—Se interrumpió porque el servidor del mostrador se dirigía hacia ellos.

—Les llaman desde la enfermería.

Nella preguntó:

—¿A los dos?

—Sí, a los dos.

—Ya seguiremos hablando en otro momento —dijo Shelk a Nella y ésta sonrió.

En sus ojos había una aceptación de la propuesta. Ella también tenía sus problemas que no podía confesar a otras personas de la dotación.

* * *

En la puerta de la enfermería se encontraron con Johnny que salía, estaba muy pálido. El jefe de mantenimiento, Peter Gonzálvez, llegaba al lugar en aquel momento.

—¿Ha sucedido algo?

Johnny, al ser interrogado por su superior, el capitán Liberius, respondió con voz vacilante.

—No se trata de mí, señor. Tengo orden de no decir nada.

—Bien —aceptó Shelk.

Si Johnny decía que tenía orden de no decir nada, era que la orden provenía de un rango más superior.

Cruzaron sus miradas con Peter Gonzálvez que se encogió de hombros y todos se internaron en la enfermería. Allí estaba el doctor Hamilton y junto a él, el mayor Tager, muy grave y pálido también. A Shelk le dio la impresión de que su piel tenía un ligerísimo tinte

verdoso. Quizá se debiera a un efecto de luz y no le dio importancia.

—Pasen, la situación es grave —dijo el propio mayor Tager, cerrando la puerta de la enfermería. Después, miró al doctor Hamilton para que fuera él quien hablara.

—El coronel Faber Might ha caído enfermo.

—¿Enfermo? —se sorprendió Gonzálvez—. Hace un par de horas he hablado con él y estaba perfectamente.

—Pues, véalo…

Descorrió una cortina y al otro lado apareció la cama articulada de cuidados intensivos. El coronel Faber Might estaba cubierto con un caparazón plástico transparente y tenía varios tubos y cables conectados a su cuerpo

—¿Tan grave está?

A la pregunta de Shelk Liberius, el doctor Hamilton respondió:

—Está asistido por respiración artificial y su corazón funciona gracias al computador electrocardinámico. Es posible que también se presenten fallos en el funcionamiento de los riñones.

—Pero, ¿su caso es grave? —quiso saber Nella—. ¿Qué ha ocurrido?

—Una inesperada sobrepresión intercraneana que, por ahora, no tiene explicación.

—¿Meningitis? —inquirió Shelk Liberius, sombrío.

—No puedo asegurarlo aún, haré las pruebas de inmediato. El caso es grave, está en coma grado tres y ha sufrido ya dos paros cardiacos. Si no fuera por el electrocardinámico, su corazón estaría parado. Voy a explorar su cráneo y su cerebro; si hay sobrepresión por algún derrame interno, tendré que trepanar

—Bien —dijo el mayor Tager—. Resolver la enfermedad del coronel Faber Might es asunto exclusivo, del doctor y sus ayudantes, nosotros nada podemos hacer, cada cual tiene su misión específica. Ahora, como es preceptivo según las ordenanzas, me haré cargo de esta expedición, ya que mi grado es el inmediato inferior al del coronel enfermo. Cuando se reponga, le será devuelto el cargo de comandante en jefe que ostentaré interiormente. Deseaba comunicárselo a ustedes antes de dar la noticia por los altavoces generales para que se entere el resto de la dotación.

—Mayor Tager, con todos los respetos, existe también la posibilidad del mando por comisión de jefes, presidida por el oficial jefe de mayor grado y en igualdad de grado, con mayor edad en la milicia.

—Si, existe esa posibilidad si el segundo de a bordo no se considerara cualificado para ostentar el mando absoluto interinamente o estuviera enfermo,

Peter Gonzálvez observó:

—Creo que la comisión de jefes sería lo más apropiado ya que usted, mayor, con todos los respetos, es especialista en naves de caza, pero una nave tan grande y completa como la *Protozoo Z21*...

El mayor Tager no le dejó continuar.

—Estoy perfectamente capacitado para ostentar el mando interino y absoluto hasta la recuperación del coronel Faber Might. Si alguien más formula objeciones que yo considere ofensivas, será arrestado y le instruiré expediente disciplinario. Si se niega a cumplir órdenes, será considerado rebelión y la cosa será más grave.

Todos comprendieron que el mayor Tager no estaba dispuesto a dejarse arrebatar el mando ni a aceptar consejos. Sé había hecho el dueño de la expedición mientras el coronel Faber Might se hallaba hundido en un coma profundo.

El mayor Tager alzó su mentón y abandonó la enfermería. Todos se habían quedado callados; tampoco el nuevo comandante en jefe de la expedición les había dado opción a decir nada.

—Caramba, creo que nos esperan días duros —rezongó Peter Gonzálvez.

—Doc., ¿ha pasado revisión médica el mayor Tager?

La pregunta de Shelk Liberius dejó casi atónito al doctor Hamilton.

—¿Cómo dice? ¿Pasarle revisión al mayor Tager, después de lo que ha dicho?

—Según las ordenanzas, cuando se regresa de una expedición a un planeta nuevo del que no se conocen datos, los exploradores deben pasar revisión médica.

—Sí, claro, por eso ha venido Johnny —asintió el médico.

—Yo le he pedido que viniera a la revisión — puntualizó Shelk.

—Pues, al parecer, está perfectamente.

—Me lo imaginaba. En realidad, lo que yo quería era que pasase también la revisión el mayor Tager.

—¿Por qué tanto interés en que pase revisión médica el mayor Tager?

Liberius dudó en dar respuesta a Nella delante de todos, pero al fin dijo:

—Consideraré que lo que voy a decirles es un informe amigable aunque confidencial. Decírselo a terceros sería comprometer a quien ha confiado en mí.

—¿Se refiere a Johnny? —preguntó el médico.

—Exacto.

—¿Qué le ha dicho?

—El mayor Tager, en esa metrópoli abandonada que hemos descubierto, sufrió un extraño e inexplicable desvanecimiento. Johnny tuvo que acudir en su ayuda aunque, por lo visto, se repuso pronto.

—Bueno, capitán Liberius, un desvanecimiento, teniendo en cuenta una sobrecarga corporal de uno coma tres de gravedad y temperatura ligeramente alta, más la humedad, puede dar lugar a un desvanecimiento sin importancia.

—Pero si ha existido ese desvanecimiento, usted tendría que hacerle una revisión aunque fuera de rutina, tras la que posiblemente terminaría recomendándole un complejo vitamínico y un refuerzo de ejercicios progresivos en el gimnasio.

—Sí, algo así sucedería; pero, si ya sabemos el resultado…

—¿Y si el resultado es otro? Fíjese en el coronel Faber Might; hace unas horas estaba en perfecto estado y ahora, inexplicablemente, se halla en coma profundo. ¿Y si en la nave ha entrado algún virus desconocido que amenaza con exterminarnos a todos?

—Lo pone usted en lo peor —se preocupó el médico.

—Sus hipótesis son razonadas —remachó Peter Gonzálvez—. Todo lo que ha dicho podría suceder.

—Sí, todo puede suceder, pero yo no puedo ordenarle al mayor Tager que se someta a revisión médica siendo él el comandante en jefe de la expedición, aunque sólo lo sea provisionalmente—. Miró el cuerpo del coronel, asistidas sus funciones vitales por medios artificiales y añadió—: Sin embargo, mucho me temo que la expedición termine con él al mando.

Peter Gonzálvez, Nella y Shelk también miraron al coronel Faber Might y comprendieron que el médico tenía razón.

El mayor Tager tenía asegurado el mando de la expedición hasta que ésta regresara a la base, y no parecía que fuera a llevar el mundo con muchas flexibilidades después de oír sus amenazas.

# CAPÍTULO IV

Toda la nave fue puesta al corriente de lo sucedido.

La figura del mayor Tager apareció en todas las pantallas y nadie puso el menor reparo. Todos sabían que el mayor Tager era un héroe del espacio y estaban dispuestos a confiar en él ciegamente, todos menos el hombre que le había admirado hasta aquel momento: El capitán Shelk Liberius.

Shelk se encontró con Nella que venía en dirección contraria con el ceño fruncido, lo que no restaba belleza a su rostro enmarcado por cabellos rubios muy claros.

—¿Cómo va eso, Nella?

—Acabo de ver al doc.

—¿Y?

—Ha colocado el cuerpo del coronel Faber Might en el criogenizador para que se conserve hasta el regreso.

—¿No ha podido hacer más?

—No. Asegura que es un caso de exceso de presión dentro del cráneo, que todo el cerebro se ha hinchado inexplicablemente.

—¿Y no ha encontrado ningún cuerpo extraño?

—No.

—Es raro.

—Si lo es, ya no tiene remedio. Ahora, el mayor Tager es el comandante en jefe de la expedición y supongo que te habrá nombrado comandante en jefe de la escuadrilla de cazas.

—No, no lo ha hecho.

—Pero, oficiosamente lo eres.

—No del todo. El ostenta el mando, yo no puedo hacer nada sin sus órdenes directas. Ya sabes lo absorbente que es el mayor Tager que quiere controlarlo todo personalmente.

—Quien manda de esa forma no puede esperar una buena labor de equipo. Corta la personalidad de quienes están bajo sus órdenes.

—Creo que está haciendo una selección de personal para enviarlo al planeta, pero no me ha comunicado qué planes concretos tiene.

—Ya nos iremos enterando —suspiró Nella, encogiéndose de hombros.

—Sí, ya nos iremos enterando. Por cierto, ¿te has fijado en que su piel tiene un tinte más verdoso?

—Pues, ahora que lo mencionas, es cierto. Parece lleno de vigor y, sin embargo, el color de su piel… —Buscó los ojos de Shelk Liberius —. A ti te gustaría que lo revisara el doctor, ¿verdad?

—Sí. Esto no es una colonia de trabajo ni un cuartel en la base; estamos, metidos en esta gigantesca nave y un error nos puede costar

la vida a todos. Un comandante en jefe que no consulta a nadie ha de ser perfecto o casi, ya que todas nuestras vidas están en sus manos.

—Intuyo —la joven bajó su voz, haciéndola más confidencial—, que tú temes más por su estado mental que por su estado físico.

—Puede ser, aunque es muy normal que cuando enferma el cuerpo enferme también la mente. Es muy difícil saber qué oscuras ambiciones o deseos se esconden dentro de un cerebro enfermo que se oculta bajo la máscara del autoritarismo.

* * *

Mientras, en el despacho del comandante en jefe de la expedición, el mayor Tager, que se había apoltronado en él, sentía como una fuerza extraña dentro de si que le roía y dominaba. Su cráneo parecía que iba a estallar.

Abrió el cajón de la mesa y sacó de él un espejo de mano en el que se miró el rostro.

Se vio ostensiblemente verdoso. Los ojos se le redondeaban en exceso y la boca también. Obviamente, su rostro cambiaba de aspecto. Escondió el espejo para no seguir viéndose.

Dentro de su cráneo retumbó una voz que ya conocía bien, una voz que le dominaba, de tal forma que poco a poco iba dejando de ser él para convertirse en otro personaje distinto, aunque no dejaba de tener ramalazos de rebeldía.

—Tu mente está desapareciendo, tu mente se evapora... Yo soy dueño de tu cuerpo y este cuerpo que ahora me pertenece terminará siendo como soy yo en realidad. La necesidad hace al órgano, dice la ley universal de la evolución de los seres vivos; pero, hay que ir despacio, muy despacio, hasta que todos los terrícolas hayan descendido al planeta y mis hermanos ocupen sus cuerpos.

—¡Noo, noo...!

Tager se rebelaba a aquella invasión de los cuerpos terrícolas por seres que se mantenían vivos en un estado casi energético.

Eran como espíritus con grandes poderes que aguardaban la ocasión de encontrar cuerpos físicos que ocupar para poder vivir físicamente ya que, al parecer, por alguna causa ignorada, habían perdido los suyos propios.

No se trataba de hacer una guerra a los terrícolas; ellos querían apoderarse de sus cuerpos y anular sus mentes, ocupando ellos el poder pensante, de tal forma que harían que los cuerpos se metamorfosearan hasta adquirir las características que debían poseer ellos antes de perder sus cuerpos físicos.

El mayor Tager sabía bien lo que le había ocurrido.

Su cuerpo había sido invadido por un ser extraño y más poderoso

que él que había anulado su voluntad y le estaba utilizando para apoderarse del resto de los terrícolas de la dotación de la nave.

Ya nada podía hacer para rebelarse; se había convertido en un autómata. Después, cuando aquellos seres extraños se hubieran apoderado de todos los cuerpos, les harían tomar la forma que ellos deseaban y vivirían y se reproducirían con estos nuevos cuerpos que había tomado.

* * *

Se encendió una luz en el panel de mandos que tenía a un lado de la mesa y le arrancó de la lucha que sostenía en su cerebro.

—Aquí el comandante mayor Tager. ¿Qué ocurre?

—Señor, los expedicionarios están preparados en el hangar —le dijo una voz femenina, del servicio de telecomunicación.

—Ahora pasaré revisión personalmente.

El mayor Tager tomó el bloc de notas y dibujó un mapa colocando unas coordenadas. Marcó una ruta a seguir y un círculo como objetivo.

Aquél era un plano desconocido para el propio mayor Tager, pero no para el ser que se había adueñado de su cuerpo y que terminaría por expulsarle de él.

El mayor Tager dejaría de ser tal mayor Tager cuando el ser que tenia dentro lo quisiera. Al parecer, se retardaba la posesión total de la víctima hasta que hubiera conseguido sus propósitos

Nadie lo sabía excepto la primera víctima que era el propio mayor Tager y que nada podía decir. La nave terrícola *Protozoo Z21* estaba comandada ahora por un ser extraño que no parecía amante de la paz ni de la amistad.

Se guardó el plano en el bolsillo y abandonó el despacho.

Su piel se hizo menos verdosa y sus ojos menos redondeados. Era como si el extraño cediera una parte de su poder para que nadie notara nada anormal.

Bajó al hangar donde le aguardaban, debidamente formados, cuarenta miembros de la dotación, ocho de los cuales eran cosmonautas de caza como lo era él mismo y el propio Shelk Liberius.

Entre los cosmonautas seleccionados estaba Johnny Donatello y veinte de los miembros de la dotación eran mujeres.

Shelk se acercó, saludándole. Tenía la lista en la mano y parecía algo receloso.

—¿Todos estos compañeros han de bajar al planeta? —preguntó.

—¿No es ésa la lista que le he dado? —replicó tajante el mayor Tager.

—Sí, pero ¿no son demasiados para abandonar la nave? Hacen

falta más tripulantes para ordenar los relevos.

—¡Basta! Quien organiza soy yo, usted limítese a cumplir las órdenes. Mientras yo esté en el planeta, usted se limitará única y exclusivamente a cuidar del funcionamiento de los automáticos y el control de los tripulantes. No tornará ninguna decisión personal, ¿comprendido?

El capitán Shelk Liberius se sintió molesto por la forma en que acababan de hablarle y más delante del resto de la tripulación de la nave.

—Seguiremos orbitando el planeta; sin embargo.

—¡Basta! Que los cosmonautas de combate ocupen sus respectivas *Monomicron*. El resto viajará en las naves de transporte.

Shelk miró a un lado y a otro y preguntó:

—¿Quién comandará la expedición?

—¿Es que no lo ha entendido aún? Yo mismo comandaré la expedición con mi propia nave

Shelk se dio cuenta de que el mayor Tager no iba a dejar ni un cabo suelto, todo lo quería controlar por sí mismo. Resultaba ilógico que habiendo asumido la comandancia general de la expedición, con todas sus consecuencias, se marchara ahora a la cabeza de los seleccionados para bajar al planeta X-304.

Aquél no era el sistema normal de llevar a cabo las patrullas de exploración; incluso, algunos de los seleccionados no habían sido entrenados jamás para efectuar aquel tipo de operación, sin embargo tenían que obedecer porque otra cosa habría sido motín en el espacio.

✻ ✻ ✻

Los cosmonautas fueron a ocupar las *Monomicron* y el resto pasó a las naves cargueras.

No había que tomar prácticamente velocidad, por lo que utilizarían la rampa del hangar en vez de los tubos lanzanaves con los que adquirían altísimas velocidades.

—Todo el personal que no forme parte de la expedición que abandone el hangar. Todo el personal que no forme parte de la expedición que abandone el hangar… —repitió una voz femenina por los altavoces.

Shelk Liberius fue el último en abandonar el hangar por el ascensor y pulsó personalmente los botones de cierre herméticos, con lo que todo el aire que contenía el hangar pasó a los tanques correspondientes, donde quedaría comprimido, a la espera de ser utilizado de nuevo.

Shelk Liberius se encontró con el doctor Hamilton. Este parecía preocupado y observando también los pliegues del ceño de Shelk, le

dijo:

—Siento no haber podido hacer nada por el coronel Faber Might. Ya está en la cápsula del criogenizador; no sé si el regreso a nuestro planeta Tierra se podrá hacer algo por él.

—Doc., lo que usted quiere decirme es que tampoco está de acuerdo con lo que hace el mayor Tager.

—Cierto. He tratado de acercarme a él. Usted habló de la revisión y me preocupó. Sé perfectamente que el mayor Tager no aceptará ninguna sugerencia de revisión, pero al acercarme a él, me rehúye ostensiblemente.

—¿Quiere decir que él supone que usted puede descubrirle algo que le obligue a pasar por la enfermería?

—Sí, creo que él me rehúye por ese motivo.

—¿Y no se le podría obligar de alguna forma a pasar por la enfermería?

—No, siendo él el comandante en jefe. Su autoridad es total en una nave expedicionaria de este tipo. Si tuviéramos una base cerca sería diferente, pero aquí, tan lejos de nuestro Sistema Solar, él es la máxima autoridad según las ordenanzas.

—Será mejor que repase bien las ordenanzas y busque algún punto para obligarle a ir a la enfermería. Sé que me expongo a un consejo sumarísimo, pero si no está loco, lo parece y lo malo es que puede conducir a toda la tripulación a un desastre.

—Tanto como loco... He visto que tiene la piel algo verdosa y qué sus manifestaciones son un poco raras, pero teniendo en cuenta la súbita enfermedad del coronel Faber Might y que él ha ocupado su cargo... Cualquier tribunal admitiría que su nerviosismo o acciones son lógicos.

—Sí, supongo que tendría que cometer una torpeza muy grave para que admitiera una junta de comandancia, en vez de ser él solo quien dirija todos nuestros destinos.

—Si cometiera una acción que realmente pudiera calificarse de grave, es posible, pero seguirá siendo un problema el demostrar ante un tribunal que él estaba equivocado. Puede alegar muchas razones para explicar cualquier acción que cometa y que a nosotros nos parezca grave y perjudicial para la dotación.

—Lo sé. No crea que trato de destruir a nuestro héroe del espacio, es que una cosa es ser héroe en una *Monomicron* en la que se juega la vida él solo y otra cosa muy distinta estar al mando de una nave de las dimensiones de la Protozoo *Z21* donde somos cien personas.

—Sí, hay una gran diferencia, pero por el momento no veo nada que impida al mayor Tager seguir ejerciendo el mando y los demás tengamos que obedecerle ciegamente.

—Sí, yo mismo me veo en la obligación de obedecerle mientras él

se lleva incluso a gente no preparada para explorar el planeta. No lo entiendo, la verdad, no lo entiendo, como no ha dado ninguna razón en base a qué criterios ha hecho la elección del personal.

—Sus razones habrá tenido, aunque a nosotros no nos las comunique.

—Tenía que dar explicaciones, estamos en sus manos. Por cierto, doc., ¿cómo se puso enfermo el coronel?

—¿Cómo? —vaciló—. Pues, inexplicablemente.

—Esa no es una respuesta muy lógica, doctor.

—Cierto, pero cuando el mayor Tager me avisó de que el coronel se encontraba muy mal, ya no había nada que hacer y el ataque cerebral pareció fulminante.

—¿Dice que el mayor Tager le comunicó lo que sucedía y que estaba junto al coronel cuando cayó en coma?

—Si, eso he dicho.

—¿Y no le parece raro que estuvieran los dos solos al caer el coronel casi mortalmente enfermo?

—¿Insinúa que el mayor Tager tuvo que ver con la repentina enfermedad del coronel Faber Might?

—No insinúo nada, sólo hago unas preguntas y observaciones. Ahora, los dos sabemos que estaban ellos solos cuando el coronel se puso enfermo; y esto sucedió después de que el mayor Tager regresara de la exploración a la metrópoli del planeta, sin que éste pasara revisión médica.

El doctor Hamilton quedó muy pensativo.

* * *

Shelk Liberius se dirigió a la sala de comandancia y allí se acomodó en la butaca que correspondía al comandante en jefe, una butaca que impresionaba por lo que significaba.

Pulsó diversas teclas de! tablero de mando y se encendió la gran pantalla. Pudo ver como la rampa descendía bajo la panza de la macronave interestelar.

Lentamente, por la rampa vio aparecer a tres naves *Monomicron*. Poseían una elevada potencia de propulsión que aumentaba cuando saltaban al espacio desde los tubos lanzanaves.

Ahora salían sin prisas, se separaban de la macronave y tras ellas aparecían las dos naves cargueras. Les siguieron las cinco *Monomicrons* restantes, formando así todo el cuerpo expedicionario que se disponía a explorar el enigmático planeta X-304.

Cuando las naves hubieron abandonado la *Protozoo Z21*, la rampa comenzó a ocultarse.

Mientras orbitaban el planeta, pudo ver a las naves alejándose.

Las telecámaras las seguían sin perderlas.

Shelk Liberius seguía preguntándose cuál había sido la razón para que el mayor Tager se llevara consigo a veinte parejas de terrícolas.

# CAPÍTULO V

La flotilla expedicionaria había descendido hasta la troposfera del planeta a explorar. Pasaron en formación sobre la metrópoli quieta y silenciosa, pero arrogante y en perfecto estado, como si esperase revivir de un instante a otro, como si sus habitantes pudieran aparecer en cualquier momento.

Al oeste de la ciudad, atendiendo a las instrucciones directas del mismísimo mayor Tager, descendieron sobre una vastísima superficie pétrea que podía haber sido un campo de aterrizaje.

En un extremo de esta superficie, completamente lisa, sin el más leve socavón, como si toda ella estuviera pulimentada, había una gran esfera blanca que reflejaba la luz del Sol Sirio.

Sobre la esfera destacaba un triángulo muy grande aunque resultara como la mitad de la esfera o quizá algo menos. Ese triángulo apuntaba con su ángulo más agudo hacia el cielo del planeta. Al acercarse más, verían que en la superficie plana del triángulo había grabaciones criptográficas.

—Atención, atención, les habla el mayor Tager —dijo desde su nave—. No tomen ninguna clase de arma, no vamos a invadir nada si no a explorar. Repito, no tomen ninguna clase de arma... Desciendan de sus aparatos y formen junto a mi nave.

La orden fue cumplida sin que nadie pusiera la menor objeción.

Descendieron de las naves *Monomicron* y de las cargueras y formaron en fila de a dos, hombres a un lado y mujeres al otro, junto a la nave del mayor Tager que al descender se puso al frente y ordenó:

—En marcha.

Johnny Donatello había quedado al final, en la cola de aquella fila, y no comprendía semejante forma de actuar.

Volvió a notar el calor y la humedad, el sobrepeso de su propio cuerpo debido a la superior gravedad.

La edificación que se alzaba delante, impresionaba, y la gigantesca esfera, con su triángulo encima, tenía algo de templo, de santuario.

Johnny no sabía cómo explicarlo, pero algo le decía que lo que tenía delante no le gustaba, le repelía, mas no podía cambiar impresiones; nadie hablaba, nadie decía nada, todos marchaban hacia la extraña edificación.

El mayor Tager avanzaba delante muy decidido, como si conociera perfectamente la zona, lo que extrañó mucho a Johnny, pues en la anterior expedición no habían estado en aquel lugar, que quedaba en el extremo Oeste de la metrópoli.

Johnny miró hacia las naves, quedaban atrás pero no muy lejos.

Al fin, los terrícolas entraron en la esfera por una gran puerta. Dentro, la temperatura cambió y también !a humedad. Era como si poseyera algún acondicionamiento de aire y resultaba extraño, pues no parecía que por aquellos lugares hubiera ninguna máquina funcionando.

Dentro de la singular edificación había la luz que entraba por el techo y también era coloreada como la que Johnny viera en el otro palacio situado en el centro de la metrópoli.

La esfera era gigantesca y dentro poseía hasta cinco pisos de altura, formando corredores en espiral, sin escaleras, y que ascendían pegados a las paredes, dejando todo el centro vacío.

Aquellos corredores no eran anchos, apenas tendrían dos metros, y en las paredes había unas aberturas que daban paso a unos huecos que parecían armarios, todo ello sin puertas.

—Vayan subiendo por el corredor en espiral y colóquense cada uno delante de una de las puertas; de este modo controlaremos mejor el edificio —ordenó el mayor Tager antes de que nadie pudiera preguntarle el porqué de lo que estaban haciendo.

A Johnny Donatello no le gustó lo que estaba sucediendo y por hallarse en último lugar tuvo la oportunidad de quedar pegado a la puerta, sin llegar a subir por el corredor en espiral que se remontaba hacia el techo, en cinco círculos completos por el interior de la esfera.

El mayor Tager se quedó abajo en el centro de la esfera, como controlando la situación, mientras todos tomaban posiciones frente a aquellas aberturas, dándoles la espalda y mirando al mayor Tager.

Johnny no había obedecido la orden y estaba tenso, temiendo que el mayor Tager descubriera su indisciplina. Johnny no llevaba ningún arma consigo y había observado que el mayor Tager sí llevaba pistola.

—Creo que en este refugio hay algo extraño y tenemos que explorarlo —comenzó a decir en voz alta el mayor Tager para que todos pudieran oírle, y se le escuchaba perfectamente porque su voz se expandía muy bien.

—Descubriremos el secreto con nuestras mentes y necesito vuestra colaboración; hay que hacer un esfuerzo mental y luego os preguntaré a cada uno. Cerrad los ojos y concentraos, tratad de contactar con otros seres distintos a vosotros...

Johnny no cerró los ojos y pudo ver que el mayor Tager adquiría un color de piel más y más verde, y no se podía deber a ningún reflejo luminoso causado por los cristales coloreados que tamizaban la luz del radiante sol Sirio.

Sus ojos se hicieron completamente redondos, también su boca. La nariz se le aplastó y en su faz aparecieron protuberancias rugosas. Era obvio que el mayor Tager había cambiado y tan grande era el cambio que a Johnny ya le pareció que no era el mismo, que era un

ser distinto.

No entendía el porqué de aquella terrible metamorfosis, pero el caso era que aquel ser no era un terrícola a juzgar por su aspecto. Incluso, su voz se hizo silbante, apenas se le reconocía ya.

Johnny, atónito, pudo observar también que de detrás de cada uno de sus compañeros, del interior de aquellos huecos que parecían tumbas verticales, brotaban haces luminosos y serpenteantes de tonalidades verdosas, que se pegaban a los cuerpos terrícolas.

A medida que lo iban haciendo, sus compañeros caían al suelo desvanecidos, como si hubieran sido golpeados por contundentes mazas,

A Johnny ya no le cupo ninguna duda de que todo aquello no era normal. El mayor Tager no era un terrícola y aquello era una trampa, una diabólica trampa.

* * *

Pegándose a la pared, salió del edificio esférico y corrió por la gran explanada hasta llegar a su nave *Monomicron*. Se introdujo en ella y se inclinó hacia delante de forma que no fuera descubierto a través del cristal parabrisas. Así colocado, comenzó a llamar:

—Aquí el teniente Donatello, aquí el teniente Donatello llamando a Nella, aquí el teniente Donatello llamando a Nella…

Aguardó unos segundos hasta obtener respuesta.

—Aquí Nella, le escucho, teniente Donatello. ¿Sucede algo?

—¿Está ahí el capitán Liberius?

—No, no está aquí, pero…

—No hay tiempo, graba el mensaje que voy a transmitir. Que no lo escuche nadie por el momento y se lo entregas al capitán Liberius, es muy importante y secreto.

Nella, personalmente, pulsó varias teclas del panel de control de telecomunicaciones y dijo:

—Ya puedes hablar, nadie escuchará.

—Gracias, Nella…

Más, ya no le oían, su voz pasaba directamente al interior de una micro-caja de grabación.

# CAPÍTULO VI

Nella en persona llevó la grabación al capitán Shelk Liberius. Este, al cogerla de su mano, la interrogó con la mirada.

—¿De qué se trata?

—No lo sé, es un mensaje privado de Johnny para ti.

—¿Johnny, está en problemas?

—Esa impresión me ha dado,

—¿Te la ha dado antes de marcharse?

—No, la grabación la he recibido hace muy poco.

—¿Enviada desde ese planeta?

—Sí.

—¡Qué raro! Por lo que dices, esta grabación queda al margen de las órdenes tajantes del mayor Tager.

—Eso parece.

—¿Qué querrá decirme?

—Cuando la escuches lo sabrás.

—Sí, lo mejor será escucharla.

—Si luego quieres enviarle algún mensaje a él, ya sabes que estoy en el control y telecomunicaciones.

Shelk Liberius se disponía a escuchar la grabación cuando una luz intermitente le advirtió de que querían comunicar con él. Shelk dio paso y al iluminarse la pantalla, apareció la ayudante de la ingeniero Nella.

—Capitán Liberius, ¿está ahí la ingeniero Nella?

—Sí, estoy aquí —respondió la mujer, colocándose frente al objetivo que enviaría su imagen a la sala de control, orientación y telecomunicaciones.

—Acabamos de recibir comunicación del mayor Tager de que regresan a la *Protozoo Z21*.

—¿Regresan ya? ¡Qué pronto!

—Hay que prepararle la entrada —dijo Shelk. Después preguntó a quien acababa de recibir el mensaje del mayor en la sala de telecomunicaciones—. ¿Bien todos?

—Es de suponer, capitán Liberius. Regresa el mayor Tager en su nave *Monomicron* y las dos cargueras vacías.

—¿Nadie más? —insistió Shelk, asombrado.

—Nadie más, capitán.

Shelk Liberius hizo saltar la grabación en la palma de su mano y rezongó:

—Ya la escucharé luego, puesto que parece que Johnny no regresa junto con el mayor Tager.

—Me voy —dijo Nella—. Hay que preparar la arribada a la

*Protozoo* del mayor; está de muy mal genio últimamente.

—¿Nos veremos luego en el club?

La joven sonrió.

—Sí, ¿por qué no? Ahora quedarás relevado de tu cargo de comandante,

—No lo he llegado a ser. He estado aquí sentado sin hacer nada por órdenes tajantes del mayor Tager, el gran héroe metido a dictador.

—Eres un impaciente, Shelk.

—¿Por qué?

—Para ser comandante de algo tan importante como esta nave hacen falta años de trabajo, años de experiencia. La comandancia general no se da a la juventud.

—Entonces, ¿qué se le da a la juventud?

—Otras cosas,

—¿Por ejemplo?

—Amor.

—¿Amor es gozo?

—Sí y también sinónimo de placer,

—¿Y quién me lo va a dar? —preguntó malicioso, como un niño que pretende alcanzar un pastel que se le está pasando constantemente por las narices, como los espléndidos pechos de Nella que ahora quedaban por encima de la línea bucal de Shelk, ya que él estaba sentado y ella en pie.

—Tengo prisa ahora, ya habrá tiempo para hablar. Nella se marchó apresuradamente.

* * *

Shelk hubiera deseado seguir hablando con ella, estaba harto de muchas cosas y no encontraba solución para nada, incluso pensaba que tampoco importaba a nadie las soluciones que pudiera hallar. Tendría que seguir llevando a cabo su trabajo en forma rutinaria.

Puso en pantalla la línea de seguimiento de las telecámaras y pudo ver la nave del mayor Tager, inconfundible porque llevaba unas franjas rojas.

Tras él volaban las dos naves cargueras que regresaban vacías. Las otras *Monomicron* debían haberse quedado en el planeta.

Resultaría difícil que el mayor Tager se decidiera a explicar cuáles eran sus planes. Si ocurría algo desagradable, la dotación se inquietarla y podía llegar al motín. No era nada nuevo en la historia espacial donde los largos viajes creaban irritación a causa del continuado encierro

Esa era la causa por la que las grandes naves interestelares se construían gigantescas para que hubiera de todo dentro de ellas,

especialmente club de reunión, sala de proyecciones y un gran gimnasio donde poder, practicar muchos deportes.

Shelk decidió que cuando el mayor Tager volviera a tomar el mando de la nave y él entrara en su horario de ocio, se iría al gimnasio y practicaría varias disciplinas deportivas hasta agotarse. Después se daría un duchazo y se iría al club a ver si Nella aparecía por allá y poder seguir charlando.

Estaba muy lejos el capitán Shelk Liberius de intuir lo que le iba a ocurrir.

Vio como las tres naves se acercaban más y más a la *Protozoo* y supuso que la rampa para recibirlas estaría bajada.

La entrada en la nave de los que regresaban del planeta X-304 no ocasionó ningún problema.

Shelk Liberius suspiró y abandonó la butaca. No fue a recibir al mayor Tager; si quería algo, que le llamara. Después de todo, ya se había portado mal con él dándole aquellas órdenes tan tajantes delante de todos.

Shelk Liberius se encontraba con las manos atadas como vulgarmente se decía, ya que no podía enviar ningún mensaje al planeta Tierra o a las colonias del Sistema Solar pidiendo consejo ante aquella situación.

No le quedaba más remedio que obedecer, salvo que iniciara una rebelión que podría costarle muy cara. En caso de rebelión, el comandante en jefe podía emplear las armas contra los rebeldes y, al regreso a la Tierra, dar unas explicaciones parciales de lo ocurrido. Por todos aquellos motivos, Shelk Liberius no estuvo presente en el recibimiento del mayor Tager en el hangar.

* * *

—¿Todo bien, mayor Tager? —preguntó Peter Gonzálvez, jefe de mantenimiento.

—Sí, todo bien. Hemos de preparar una segunda expedición, haré una lista de seleccionados.

Peter Gonzálvez parpadeó, incrédulo.

—¿Una nueva expedición?

—Sí, eso he dicho.

—¿Para cuando regresen los que están en el planeta?

—No, para unirse a ellos.

—Mayor, yo no soy un cosmonauta ni un explorador, soy jefe de mantenimiento, pero si envía más gente al planeta aquí faltará personal para el control de la nave.

—Tonterías, la nave puede funcionar automáticamente.

—Mayor, ¿y los servicios de mantenimiento?

—¡Basta! Se cumplirán todas mis órdenes. ¿Dónde está el capitán Liberius?

Nadie respondió. El mayor Tager estaba muy duro en sus respuestas. Miró en torno suyo a través del cristal del casco con que se protegía el rostro, aquel rostro que si bien no estaba totalmente normal tampoco era parecido a lo que había visto con espanto el teniente Johnny Donatello.

Le vieron alejarse hacia el ascensor y nadie se atrevió a hacer ningún comentario, la situación podía ser inquietante.

* * *

El mayor Tager, ya en el nivel cuarto de la nave, se acercó a la enfermería. Tenía que pasar junto a ella para llegar a su despacho de comandante en jefe de la expedición, el despacho que había sido destinado al coronel Faber Might que yacía inmóvil, paralizado dentro de un cartucho de criogenización.

—¡Mayor Tager!

—¿Hum?

Había gravedad en el rostro y en la voz del doctor Hamilton al interpelarle. Sus ojos eran escrutadores y su intención, decidida.

—Por favor, mayor Tager, pase un momento.

El mayor Tager tuvo unos instantes de vacilación pero entró en la enfermería. El doctor Hamilton cerró la puerta, aislándose del exterior y el mayor Tager le miró irritado a través del protector transparente del rostro.

—¿Qué sucede, doc.?

—El coronel Faber Might está criogenizado, aunque me temo que cuando regresemos a la Tierra no se le pueda salvar. Su cerebro ha sido destruido de una forma muy extraña, desconocida para nosotros hasta ahora.

—No es mi función entender de medicina; usted me dice que está criogenizado y para mí eso es suficiente. ¿Qué más quiere de mí?

—Hacerle una revisión.

—¿Cómo? — exclamó, extrañado e irritado.

—Hacerle una revisión he dicho, mayor Tager.

—¿Y por qué?

—Usted estaba junto al coronel Faber Might cuando éste enfermó fulminantemente y puede estar en un peligro similar.

—Yo no estoy en ninguna clase de peligro, me encuentro perfectamente.

El doctor Hamilton exhaló el aire de sus pulmones como para controlarse mejor. Tenía que medir sus palabras, pues se daba cuenta de que se hallaba ante un hombre excesivamente autoritario.

—Debo comunicarle, mayor Tager, que el teniente Donatello ya pasó su obligatoria revisión médica.

—¿El teniente Donatello, y qué quiere decir con eso?

—Pues que usted bajó al planeta con él y no pasó esa revisión que las ordenanzas señalan como obligatoria. No es decisión mía si no de las ordenanzas.

—¿Le ha pasado algo al teniente Donatello?

—No.

—Entonces, ¿por qué tanto empeño conmigo?

—Me limito a cumplir con mi deber. Comprendo que haya una sobretensión nerviosa a causa de la gran responsabilidad.

—Basta, me está usted haciendo perder demasiado tiempo.

En otro momento, aquello hubiera bastado para que el doctor Hamilton dejara en paz al comandante en jefe, pero la actuación del mayor Tager no era demasiado clara y el doctor no se dio por vencido.

—Soy responsable de la salud de esta expedición, mayor Tager, y debo tomar todas las precauciones para que no se propague una epidemia.

—¿Qué idioteces está diciendo, una epidemia?

—Es una posibilidad a tener en cuenta, una posibilidad que sería gravísima porque vivimos en un régimen de encierro compartido. Ya sabe, es como dejar caer un virus o una bacteria dentro de un acuario, no se salva ni uno solo de los peces porque no hay posibilidad de huir del medio contaminado.

—Se está poniendo usted muy pesado.

—Bastará con una simple extracción de sangre y el analizador automático dará la respuesta.

—¿Sólo eso?

—Sí, será suficiente como medida de precaución sanitaria.

El mayor Tager se veía como atrapado por la insistencia del doctor Hamilton que podía acogerse a las ordenanzas y el médico era el único personaje de la dotación de la nave que podía señalarle como no apto para continuar siendo el comandante y con la seguridad de que un tribunal cualquiera, al regreso a la Tierra, atendería la denuncia del médico de la expedición.

Los jefes le harían caso y le arrebatarían la comandancia personalista. Ante el peligro de perder el mando total y personal de la expedición, gruñó:

—Si eso le basta... No voy a perder mucho tiempo, tengo muchas cosas que hacer. Hay que explorar bien ese planeta y tengo que preparar una nueva expedición.

El mayor Tager llevaba guantes protegiendo sus manos y también ocultaba el rostro tras la visera transparente unida al casco con el que se cubría la cabeza.

—Súbase la manga —le pidió el doctor Hamilton sacando del esterilizador permanente una jeringuilla grande de extracción, con la aguja ya colocada.

El mayor Tager se subió la manga. El médico le rodeó el brazo con la goma para hinchar la vena y poder pinchar con precisión.

Ya en aquel momento, el doctor observó que el tono de la piel era demasiado verdoso para poder ser considerado normal; mas, no dijo nada, ni siquiera buscó los ojos del mayor Tager para interrogarle con la mirada.

Pinchó y soltó el émbolo para que la propia presión de la sangre lo empujara. Desprendió la goma del brazo y la jeringuilla comenzó a llenarse. De inmediato observó que la sangre no era del color rojo oscuro correspondiente por ser extraída de una vena y no de una arteria. Aquella sangre era notablemente verde...

Fue tan grande su sorpresa pese a que esperaba algo raro que mientras la jeringa se llenaba balbució:

—Usted no está bien, mayor Tager, su sangre es verde y no roja... Esto es incomprensible, jamás he visto nada igual...

El mayor Tager dio un tirón brusco de su brazo. La jeringuilla quedó un instante en la mano del médico y luego cayó al suelo, rodando sobre sí misma sin romperse.

—¡Es usted un perfecto imbécil! — rugió Tager.

—¿Qué ocurre aquí, qué le sucedió en el planeta para que su sangre haya tomado ese color?

—Es mejor que se calle, le ordeno que se calle y que se olvide de todo.

—No puedo, mayor Tager, no puedo, esto es gravísimo. Usted no está normal, es como si estuviera sufriendo una mutación... Le pasó algo fatal en su expedición al planeta y ha llevado a más gente que ahora está corriendo el mismo peligro. ¡Todos deben regresar de inmediato, todos deben pasar revisión médica!

—No volverá nadie.

—Habla usted como si ya no fuera uno de los nuestros, es como si no fuera usted mismo. ¿Qué es lo que sucede?

—Nada y si insiste, le pondré en una celda bajo arresto.

—Imposible, mayor Tager. Voy a notificar a la junta de jefes lo que está ocurriendo. Con la sangre verde que tiene, usted no está apto para ejercer la comandancia general de la expedición.

—No me deja usted otra alternativa, doctor.

Doc. Hamilton comprendió que algo grave iba a ocurrir y entonces comprendió.

—El coronel Faber Might estaba con usted a solas cuando enfermó súbitamente. ¿Qué le hizo usted?

—¿Yo? —Se rio por primera vez, como consciente de su gran

superioridad.

—Sí, usted, ¿qué le hizo?

—El coronel no comprendió que yo debía ser el comandante en jefe y tuve que destruirle el cerebro.

—¿Cómo?

—Así.

* * *

De los ojos del mayor Tager brotaron unos rayos apenas visibles, unos rayos azulados que tropezaron contra el cráneo del doctor Hamilton sin dejarle señal alguna.

El doctor Hamilton se llevó las manos a la cabeza mientras se tambaleaba.

—¡Aaag…, auxilio! —pidió, sin potencia de voz.

Los rayos siguieron brotando de los ojos del mayor Tager. Al fin, el médico cayó al suelo, sujetándose la cabeza entre las manos.

—Estúpido… Podía haber aprovechado tu cuerpo, nos hacen falta cuerpos de terrícolas para reencarnarnos en ellos después de la muerte biológica de nuestra civilización. Quedamos muy pocos, pero pudimos conservar nuestros fluidos en forma de energía vital. Comprobamos que vuestros cuerpos nos servían al caer en el planeta los primeros exploradores, pero tuvieron un accidente y estaban moribundos. Vosotros estáis sanos, nos reencarnaremos en vosotros, os anularemos como espíritus y nos reproduciremos en vosotros. Los hijos que tengamos serán ya totalmente mutados y tendrán las características de los kion, seres más altos, más fuertes, más poderosos. Nadie podrá impedirlo, ocuparemos vuestros cuerpos y volveremos a resurgir como especie, nuestra metrópoli volverá a repoblarse. La muerte de nuestros cuerpos biológicos a causa de nuestras experiencias sobre virus será sólo historia y no caeremos más en el error de fabricar en laboratorio virus que pueden destruirnos. Ahora nos cuidaremos mejor, mucho mejor. Tendremos una nueva generación más sana aunque, de momento, los que sobrevivimos tengamos que conformarnos con unos cuerpos enanos como los vuestros, que sois inferiores a nosotros, pero la generación que nazca será más alta, más fuerte. Enanos a medio civilizar…—barbotó con desprecio—. Para nosotros sois como para vosotros los primates de vuestro planeta Tierra.

Cogió el cuerpo del doctor Hamilton que vivía pero ya no reaccionaba y que mostraba un rostro congestionado. Lo colocó dentro de un cartucho de criogenización y lo cerró herméticamente, moviendo luego los mandos para que comenzara a helarse.

En poco tiempo, el doctor Hamilton se habría convertido en un bloque de hielo. Bastaría un golpe seco con un martillo para que se

hiciera pedazos.

Había cometido el error de descubrir que el mayor Tager ya no era el mayor Tager, sino un ser de la civilización de Kion que trataba de apoderarse de todos los cuerpos biológicos de los terrícolas.

# CAPÍTULO VII

Después de dar una paliza a su cuerpo en el amplísimo gimnasio, Shelk Liberius pasó por la ducha y luego se dirigió al club.

Al llegar a él, descubrió a Nella que estaba leyendo un libro en el monitor correspondiente, aislada de los demás en un rincón.

En el mostrador pidió un vaso con bebida refrescante y con él en la mano se acercó a Nella, sentándose a su lado.

—Hola.

La joven apartó la mirada de las letras que podía leer en la pequeña pantalla con gran nitidez.

—¿Cansado?

—Parecerá una contradicción, pero me encuentro mejor. Es como si al liberar energías en el gimnasio se me hubiera despejado la cabeza y también todo el cuerpo.

—El mayor Tager está en la nave.

—Lo sé.

—Se ha encerrado en su despacho,

—Me lo imagino.

—Ha preguntado por ti.

—Era fácil localizarme en el gimnasio.

—No es bueno que tengáis esa actitud entre ambos.

—¿No te parece que ya hemos hablado demasiado de este tema? No quiero molestarme más; si el mayor Tager quiere algo de mí, que me busque, ya me ha dado demasiados cortes.

—¿Lo sigues admirando?

—Como cosmonauta y por lo que ha hecho en el pasado, sí. Por lo que está haciendo ahora no puedo admirarle. Los héroes tendrían que saberse retirar a tiempo. Los años y las circunstancias cambian a los hombres y quien fue héroe en un momento dado deja de serlo luego.

—¿Es una crítica al mayor Tager?

—¿Tú qué crees?

—Es mejor que no tengas un enfrentamiento abierto con él, no lo aceptaría bien.

—Si no me obliga, no habrá enfrentamiento. He sido disciplinado, pero todo tiene su límite. ¿Qué te parece sí hablamos de otro tema?

—¿De qué, por ejemplo?

—Verás, yo tenía un tema para hablar contigo, pero creo que éste no es el sitio más adecuado para discutirlo.

—¿Y qué lugar consideras el mejor?

—¿Qué te parece mi habitación?

—Un poco íntima.

—A mí también. Vamos.

—Oye, oye, no te he dicho que aceptaba —replicó Nella mientras Shelk se bebía de un solo trago el contenido de su vaso y se ponía en pie.

—Vamos —repitió él, cogiéndola de la mano.

La mujer no se opuso y caminó junto a Shelk sin decir nada. Poco después, él cerraba la puerta de la habitación. Desconectó los llamadores y sólo dejó abierto el avisador de alarma por si ocurría algo verdaderamente grave en la nave.

—¿Estás seguro de que quieres discutir conmigo? —inquirió Nella.

—Tanto, tanto como discutir… Quizá no sea esa la palabra adecuada.

—Shelk, no quisiera ser un juguete para ti.

—¿Un juguete?

—Sí, un juguete para consolarte.

—¿Piensas que estoy desconsolado?

—Un poco, las mujeres intuimos eso.

—Palabra —dijo muy solemne, levantando su mano derecha —que si me siento molesto o defraudado no tiene nada que ver con lo que quiero charlar contigo.

Nella sonrió ligeramente.

—Aceptada tu palabra.

—¿Prometemos no mencionar más al mayor Tager, por lo menos en las próximas horas?

—Prometido.

Shelk la enlazó por la cintura con sus fuertes brazos y la atrajo hacia sí. Buscó con sus labios la boca femenina y jugueteó. Ella se apartó ligeramente mientras sus ojos chispeaban.

—Me haces cosquillas

—Pues, esto es sólo el principio.

—Shelk, Shelk, me da la impresión de que me consigues con demasiada facilidad.

—¿Demasiada facilidad? Con el tiempo que viajamos juntos y éste es nuestro primer encuentro.

—La disciplina, las ordenanzas, ya sabes.

—Sí, ya sé que prohíben que un viaje interestelar se convierta en una orgía volante, pero yo no busco orgías.

—¿Qué buscas entonces? —le preguntó, estremeciéndose al ser besada en el cuello por debajo de las orejas. Estaba segura de que terminaría siendo mordida en los lóbulos.

—Yo quiero amarte a ti, sólo a ti.

—¿Seguro? Hay más mujeres a bordo y sé que caes muy bien entre nosotras.

—No soy ningún vicioso. Si como fruta y es suficiente, no deseo más. ¿Para qué comer un exceso de fruta si luego te va a doler el estómago?

—¿Soy una fruta para ti?

—Eres más, mucho más.

Le abrió la casaca y saltaron, desbordados, los senos altos y fuertes de la mujer.

—Me gustas, Shelk, me gustas, pero temo ser mujer de un solo hombre.

—No me parece eso un problema preocupante.

—Sí lo es, porque intuyo que en el amor soy algo primitiva, algo salvaje.

—¿Por qué?

—Si eres tú mi hombre, no podría soportar que variaras de fruta.

—Tranquilízate. Sé que si gozo contigo seré un vicioso de tu amor, de tu sensibilidad, de tu cuerpo… —Así, hablándole, siguió acariciándola.

Nella suspiró largamente, se le cerraron los ojos y se agarró a los abundantes cabellos rubios oscuros de Shelk Liberius.

—Me estás dominando y no quiero que me domines.

—Mientes.

—¡Te juro que es cierto!

—Mientes, porque eres tú quien me domina a mí —le dijo él estrechándola con fuerza, notando que sus pieles se pegaban, una contra otra.

—Canalla, me...

No pudo seguir protestando; él le selló la boca con sus labios y le sorbió el alma, porque todo se le nubló. Nella tuvo la impresión de que mil luces rojas de alarma comenzaban a centellear.

Jamás en su vida se había sentido tan bien y tan confusa al mismo tiempo.

Era una sensación que estaba segura iba a conquistar entre los brazos de Shelk Liberius, unas sensaciones que había intuido en parte en sus sueños eróticos, pero que la realidad superaba en muchísimos grados.

Era como si una oleada de candentes meteoritos se abalanzara sobre su cuerpo y la traspasara sin lastimarla, llenándola de luces y sensaciones que la aturdían, la inundaban de placer y deseaba retenerlas para que durasen, durasen...

# CAPÍTULO VIII

El mayor Tager, encerrado en su despacho, estuvo seleccionando fichas del personal de la dotación de la *Protozoo Z21* con ayuda de la computadora central.

Por la pantalla desfilaban fotografías y datos personales. Mujeres, hombres, sus nombres, edades y características.

No tomaba las numeraciones de todas las fichas, sabía que en aquel viaje resultaba imposible, pero para después tenía un plan perfecto. Regresaría con un número escogido de los que ya estaban poseídos por los kion y con las armas se apoderaría de los restantes, a los que obligaría a bajar al planeta. Mas, para ello, tenían que ser mayoría numérica y, además, utilizar la sorpresa.

En pantalla apareció el bello rostro de Nella y sus datos personales. El mayor Tager tomó nota en el teclado de la numeración de su ficha. Nella era una de las seleccionadas para descender al planeta de los kion.

Cuando hubo separado cuarenta fichas, pasó por la línea de órdenes la llamada a los elegidos para que se presentaran en el hangar junto a las naves transportadoras.

El doctor Hamilton no sería ya ningún problema para el mayor Tager, si es que podía seguir llamándosele de esta forma, puesto que era un kion que utilizaba el cuerpo y la memoria del mayor Tager para conseguir la invasión de los cuerpos terrícolas, aquellos cuerpos biofísicos que necesitaban para resucitar después del gran desastre donde habían perdido los suyos propios por algunos errores de experimentación.

Mientras, Nella salía silenciosamente de la habitación de Shelk Liberius donde éste había quedado tendido en la cama, dormido

Nella se compuso ligeramente el cabello con la mano. Se sentía distinta, como más realizada y más adulta, como perteneciendo a Shelk y a la vez más dueña de sí misma.

Se alejó por el corredor y pasó por delante de la enfermería. La puerta estaba entreabierta, pero no se veía nada. Prosiguió su camino y fue a su habitación. Al llegar a ella, observó que la luz amarilla de avisos estaba encendida. Tenía que pulsar la tecla para que en pantalla le pasaran la nota.

La nota apareció escrita y de forma bien legible.

*«Ingeniero Nella, preséntese en el hangar junto a las naves cargueras a la mayor brevedad. Forma usted parte de la expedición de exploración al planeta X-304».*

Nella parpadeó, sorprendida. Debía haber un error, ella era la ingeniero jefe de control, orientación y telecomunicaciones, no pertenecía al personal de exploración de planetas. Por otra parte, obedecer aquella orden significaba abandonar la sala de la que era jefe. Era absurdo, pero la orden estaba bien clara.

Se indignó. Era evidente que el mayor Tager tomaba unas decisiones muy extrañas, tan extrañas que podían calificarse de estúpidas o absurdas. ¿Qué pretendía con todo aquello?

Nella no podía dar respuesta a las preguntas que ella misma se hacía porque ignoraba los verdaderos planes del individuo que la había seleccionado para que descendiera al planeta.

Se cambió de ropa rápidamente y fue al hangar. Allí estaba el resto de la tripulación seleccionada. Por lo visto, sólo faltaba ella y todos la miraron, incluso el mayor Tager que estaba al frente de los escogidos.

—Se ha retrasado usted, Nella.

—Mayor Tager, yo no pertenezco al grupo de exploración de cuerpos celestes. Formo parte de la tripulación de esta nave y...

—Basta, no he pedido su opinión. He leído bien su ficha y ha sido usted seleccionada como los demás. Pienso que para todos es un honor participar de esta selección.

—¿Un honor? Mayor Tager, usted no puede sacar a tantos miembros de la nave dejándola sin el personal suficiente para controlarla adecuadamente.

—Hablaremos de eso en otro momento. Podría calificarlo de falta de indisciplina grave, pero será mejor olvidar sus palabras.

Nella, viendo que nadie la apoyaba en su protesta, apretó los labios y se puso en la fila como los demás.

Frente al mayor Tager, no parecía que su cargo de jefe sirviera de mucho.

El mayor Tager poseía el mando total sobre el personal aunque no pidiera consejo sobre sus decisiones y tampoco diera explicaciones sobre las mismas. Había que obedecerle ciegamente y entonces, recordó las amargas protestas de Shelk Liberius.

—Todos a las naves, vamos a partir de inmediato. Los pilotos ya tienen las órdenes oportunas —dijo el mayor Tager.

Se dividieron en dos grupos de viaje. Nella tuvo una reacción de suspicacia y, por unos momentos, tuvo el deseo de escapar de allí porque se sentía inquieta, desasosegada. Trataba de huir cuando se encontró con la figura del piloto que se lo impidió.

—Tiene que subir a la nave —le dijo, muy grave.

Nella tuvo la impresión de que la piel del piloto también tenía un color verdoso, lo mismo que el mayor Tager.

—Usted no tiene mando sobre mí —le replicó, instintivamente.

—Tiene razón. Si lo desea, avisaré al mayor Tager. Nella apretó los labios con expresión de impotencia y subió a la nave.

El piloto cosmonauta se encargó de cerrar la puerta y luego, pasó al control de la nave y comenzó la despresurización del hangar.

La expedición estaba lista para partir mientras las bombas de aspiración introducían el aire del hangar en los tanques de compresión. Aquel aire volvería al hangar cuando la expedición hubiera partido y las compuertas estuvieran herméticamente cerradas para que aquel aire, vital para los terrícolas, no pudiera escapar por ninguna fisura.

* * *

Shelk Liberius se reincorporó en su litera y extendió los brazos para desperezarse. Pasó por la ducha y luego se quedó mirando la cajita que le entregara Nella con el mensaje de Johnny Donatello. Se dijo que debía tratarse de algo referente a la fuga de energía de su nave.

Colocó la cajita en la reproductora que tenía allí y comenzó a escuchar la voz de Johnny.

—Gracias, Nella... Capitán Shelk Liberius, le habla el teniente Donatello. Estoy en el planeta X-304, en mi nave *Monomicron* y mi situación es de peligro. Esto es una gran explanada semejante a un astropuerto. Frente a mí hay un edificio grande en forma de esfera y sobre la esfera, un enorme triángulo, todo debe ser simbólico. Esto es el refugio de una extraña especie que se presenta en forma de espíritu o energía de color verdoso, no sé cómo explicárselo. El mayor Tager no es el mayor Tager, es uno de esos seres. Yo le he visto transformarse y tiene un color verde intenso. Sus ojos se hacen redondos y la boca también, ha cambiado notablemente de aspecto.

»Ha ordenado a toda la expedición colocarse frente a una especie de tumbas que hay dentro del edificio de la esfera y el triángulo para que esos espíritus penetren en nuestros cuerpos como hicieron con él en el palacio de la metrópoli. Yo no sabía qué le había ocurrido en aquellos momentos cuando se desvaneció, pero ahora lo he comprendido.

»Lo poseyeron, se han apoderado de su cuerpo y de su mente y ahora es uno de ellos y está apoderándose de los cuerpos de todos nosotros. Impídaselo, capitán Liberius, o será el fin de todos nosotros. No puedo seguir comunicando, no puedo... Ahora aparece el mayor Tager por la puerta, debo esconderme. No sé si se ha dado cuenta de que no he cumplido sus órdenes, yo no he caído como los demás, invadido por los espíritus. Sálvenos, capitán, sálvenos...»

* * *

Shelk Liberius quedó atónito, brutalmente sorprendido ante la terrible revelación y se maldijo por no habré escuchado antes la cinta.

Se vistió y salió aprisa de su habitación. Avanzó por el corredor y se encontró con Peter Gonzálvez que iba con el ceño fruncido.

—Peter, ¿has visto a Nella?

—¿A Nella?

A Shelk Liberius le pareció que estaba preguntando por un fantasma.

—Sí, Nella.

—Está en la expedición.

—¿En la expedición?

—¿No lo sabías?

—¡Explícate!—apremió, irritado.

—El mayor Tager ha hecho una nueva selección de personal, se lleva a cuarenta más, apenas quedamos veinte en la nave. Ese hombre está loco, no hay personal suficiente para el mantenimiento de la nave.

—¿Cómo es posible, cuando ha sido?

—Hace poco, deben estar saliendo ahora del hangar.

—¡Hay que impedirlo!

—Imposible. Además, el mayor Tager tiene el mando absoluto y no te obedecería. Cada vez está más autoritario.

—¡Hay que pedirle al doc. un informe que confirme que el mayor Tager no está cuerdo, vamos a por él!

—Eso es pedir demasiado, Shelk.

—Tengo una grabación que te convencerá a ti y también al doctor. Arrastró a Peter Gonzálvez hacia la enfermería.

—¡Doctor, doctor Hamilton! No hubo respuesta.

—No está aquí. Puede estar en el gimnasio, en el club o en su habitación —le observó

Peter Gonzálvez.

—¡Hay que encontrarlo en seguida!

—Eh, mira, en el suelo ha caído algo verde...

—¿Verde?

Shelk se inclinó sobre la jeringuilla caída en un rincón. Por la posición en que había quedado, se había ido vaciando.

—Sí, es verde. Parece sangre.

—¿Sangre verde, estás tú loco también? Vamos, ¿dónde has visto antes sangre de color verde?

—En ninguna parte, pero empiezo a comprender muchas cosas. El mayor Tager tenía un color verdoso, ¿no te diste cuenta?

—Pues, ahora que lo dices, es verdad.

—Algo le ha ocurrido al doctor Hamilton, seguro que ha averiguado alguna cosa.

—No es posible.

Shelk comenzó a mirar los cartuchos de criogenización. Observó que había dos llenos, cuando sólo debía haber uno.

—¡Mira!

Shelk detuvo el frío del segundo de los cartuchos y después abrió la compuerta.

—Aquí está.

—¡Es cierto, y congelado! —exclamó Peter Gonzálvez, negándose a creer lo que estaba viendo.

—Maldita sea… El mayor Tager ya no es un terrícola como nosotros, es un enemigo que quiere apoderarse de nuestros cuerpos.

—No entiendo nada.

—Ya tendré tiempo de explicártelo, Johnny lo ha visto todo. ¿Cuánta gente ha marchado en la expedición?

—Cuarenta seleccionados.

—¡Dios!

—¿Tan grave es?

—Sí. Creíamos que ese planeta estaba deshabitado y no es así, hay seres en forma de espíritus y energía que no tienen cuerpo físico y buscan cuerpos donde meterse. Necesitan cuerpos físicos y han escogido los nuestros para invadirlos.

—Y cuando los invaden, ¿qué sucede?

—Que nosotros morimos, al parecer, y ellos viven en nuestros cuerpos. No puedo explicar más porque no sé mucho más, lo que sí es seguro es que todos estamos en peligro y para nosotros, el mayor Tager ya es un enemigo, un alienígena invasor de nuestros cuerpos.

—¿Quieres decir que esa sangre verde es suya?

—Seguro.

—¿Y qué podemos hacer?

—No lo sé, pero me temo que no servirá de nada tratar de coaccionarle.

—¿Y si avisamos a los expedicionarios que todavía están en las naves?

—¿Quiénes son los pilotos cosmonautas?

—Son dos de los que han estado antes en el planeta, venían con el propio mayor Tager.

—Entonces, no podemos confiar en ellos, habrán cerrado el telecomunicador.

—Podemos intentar avisarles por si está abierto.

—No podrían hacer nada viajando como pasajeros y sería una forma de alertar a los alienígenas. Vamos a hacer otra cosa.

—¿Como qué?

—Te vas a hacer cargo de la *Protozoo Z21*.

—¿Yo?

—Sí, yo voy a ver qué puedo hacer con mi *Monomicron* de combate.

Mientras el hangar, ya cerrado, iba adquiriendo el aire que estaba en los tanques de compresión.

Aquel proceso retrasaría a Shelk Liberius unos minutos que él ya adivinaba vitales para salvar a los expedicionarios que iban hacia su muerte mental aunque sus cuerpos siguieran viviendo.

# CAPÍTULO IX

Shelk Liberius siguió la trayectoria de las naves expedicionarias gracias a las telecámaras.

Se preocupaba por todos sus compañeros, pero un rostro concreto llenaba su mente, era el rostro de Nella.

Cuando se pudo acomodar dentro de su nave *Monomicron*, se sintió ansioso de luchar. La gran nave *Protozoo* quedaba casi desasistida, más de ochenta de sus tripulantes estaban ya en el planeta y había que contar también con las desgraciadas desapariciones del coronel Faber Might y el doctor Hamilton.

La compuerta se cerró tras ella, se despresurizó en uno de los cartuchos disparadores de naves.

La *Monomicron* se deslizó sobre los raíles y penetró escasos metros y se abrió la escotilla exterior.

Sin hablar por el telecomunicador para que su voz no fuera captada por el mayor Tager, Shelk puso en marcha la nave que salió disparada violentamente.

La *Monomicron* se vio lanzada al espacio a altísima velocidad. Shelk no dejó el mando de la nave a los automáticos si no que quiso controlarla por sí mismo.

La *Monomicron* se hundió en la ionosfera del planeta y pasó a la estratosfera. Estaba preparada para soportar los rozamientos y descendió a la troposfera mientras la superficie del planeta pasaba bajo él.

Sabía lo que buscaba y se ayudó con sus propias telecámaras. Voló por encima del planeta hasta acercarse a la metrópoli y al oeste de la misma descubrió la gran explanada y las naves detenidas. En un extremo se alzaba el edificio esférico de que le hablara Johnny.

—Ahí estáis...

Aumentó el poder de las telecámaras mientras giraba en círculo sobre la metrópoli.

A través de su pequeña pantalla adosada al salpicadero pudo ver como los expedicionarios formaban encarados con el extraño edificio de la esfera y el triángulo.

—Hay que actuar —gruñó Shelk.

Bajó en picado y enfilando hacia el edificio, disparó dos misiles.

Mientras los misiles volaban hacia su objetivo, Shelk elevó su nave de combate

El edificio recibió los impactos. Por un instante, quedó lleno de luz, se produjo un gran trueno y después se derrumbó, quedando reducido a cenizas.

Todos los expedicionarios se habían tirado al suelo y Shelk deseó

que no les hubiera ocurrido nada. Regresó en círculo y voló a baja altura hasta colocarse encima de ellos. Entonces, conectó el altavoz exterior y les habló:

—Regresen a las naves. El mayor Tager no es el mayor Tager, es un impostor que quiere acabar con todos ustedes. Suban a las naves y regresen a la *Protozoo Z21*, les habla el capitán Liberius que acaba de asumir el mando general. El refugio que acabo de destruir era el lugar donde les estaban esperando los hermanos del ser que suplanta al mayor Tager.

Al escuchar semejantes palabras, hubo unos momentos de confusión y luego, todos corrieron hacia las puertas de las naves cargueras. Mas, en ellas aparecieron los pilotos que sin vacilar dispararon sus armas contra los que trataban de salvarse.

Shelk vio caer a varios de los terrícolas, nada podía hacer para evitarlo. De pronto, dos naves *Monomicron* se pusieron en funcionamiento, despegando.

Shelk comprendió que iban a por él y lamentó que quienes las tripulaban fuesen dos de sus hombres, aunque ahora los suponía ya alienígenas que habían invadido sus cuerpos.

Las dos *Monomicron* se alzaron y separaron para coger a Shelk entre dos fuegos.

Shelk pudo ver que los expedicionarios, tras sufrir varias bajas, eran reducidos por las armas mientras el mayor Tager alzaba su puño, furioso contra él.

Una de las naves *Monomicron* disparó contra Shelk. Este supo cambiar a tiempo de posición y aquél fue el inicio de un combate aéreo sobre la gran metrópoli.

Shelk Liberius disparó rayos y no misiles. No iba a ser una lucha fácil, tenía las de perder, pues eran dos contra uno. Cabía la posibilidad de regresar a la *Protozoo*, pero aquellos pilotos, ahora convertidos en sus enemigos, podían cometer la locura de destruir a la *Protozoo* con sus disparos, por lo que optó por hacerles frente.

Todavía humeaban los restos del extraño panteón o santuario donde los kion habían aguardado durante siglos a que se presentaran unos cuerpos aptos para ser ocupados por ellos, expulsando y eliminando de ellos a sus poseedores, cuerpos como los de los terrícolas que ellos habían comprobado podían mutar bajo la ley universal de que el poder de la mente transfigura los órganos, incluso la sangre que los kion habían cambiado de color, haciéndola verde.

Mientras los últimos restos de aquel singular edificio se esparcían por el suelo, todos miraban hacia el cielo donde tenía lugar la batalla aérea.

El kion que ocupaba el cuerpo del mayor Tager esperaba que las dos naves *Monomicron* terminaran con el capitán Liberius y su nave,

mas torció el gesto cuando vio que una de las naves tripuladas por seres de Kion caía convertida en una bola de fuego.

Shelk y su enemigo entablaron una durísima pelea aérea.

El kion que lo dirigía todo comprendió que la situación se hacía difícil y mientras dos de sus hermanos controlaban a los terrícolas expedicionarios con sus armas, él corrió hacia su *Monomicron*.

Subió a ella, pero no despegó, si no que permaneció atento al desarrollo de los acontecimientos.

Shelk Liberius hizo un giro sobre sí mismo y cayó en picado. Volvió a subir dando una vuelta completa y cuando subía, vio sobre él la panza de la nave de su enemigo.

Disparó a su punto más vulnerable: el pequeño, pero poderosísimo depósito de energía nuclear.

La nave se convirtió en una bola blanca que se desplazó en el espacio, provocando una oleada de calor en derredor. Después, se fue apagando y nada quedó detrás.

La nave se desintegró completamente, como un papel de celulosa pura introducido en un horno a dos mil grados Celsius.

* * *

—Atención, atención, llama él mayor Tager, atención.

—¡Le escucho, suelte a los terrícolas! —respondió Shelk por el telecomunicador, pues ambos se hablaban ahora de nave a nave.

—Descienda y ríndase o exterminaremos a todos sus hermanos terrícolas.

La amenaza estaba lanzada.

Shelk Liberius comprendió que aquel ser podía cumplirla perfectamente. Los terrícolas expedicionarios que en realidad habían sido traicionados y metidos en una trampa, se hallaban encañonados por las armas que empuñaban los kion. Por si faltara poco, la propia *Monomicron* que poseía el falso mayor Tager estaba bien armada y apuntaba también hacia sus secuestrados.

Le bastaría pulsar el botón correspondiente al armamento para que todos desaparecieran, convertidos en cenizas. ¿Qué podía hacer Shelk Liberius en aquellas circunstancias?

Cerró el telecomunicador y doliéndole las entrañas por lo que iban a pensar de él, se alejó a toda velocidad hacia la ionosfera en busca de la nave *Protozoo Z21*.

En realidad no huía si no que se retiraba para planear algo mejor, pero ¿qué estarían pensando en aquellos momentos los terrícolas atrapados por los kion que le veían alejarse y entre ellos la mismísima Nella?

# CAPÍTULO X

El mayor Tager apretó los puños furiosamente ante la escapada de Shelk Liberius.

Perdía la oportunidad de derribarlo y desembarazarse de su peor enemigo, del terrícola que había destruido el santuario Kion aniquilando a los espíritus que aguardaban dentro y que ya no podían esperar más un cuerpo que ocupar.

Al kion mayor Tager (que parecía el jefe de todos ellos) no le había pasado por la mente, arrogante y rebosante de superioridad sobre los terrícolas a los que consideraba criaturas inferiores, que sería atacado y desintegrado el santuario y con él, cientos de espíritus kion que aguardaban ansiosos unos cuerpos para reencarnarse.

Ya sin tener que controlar su mutación para evitar ser reconocido, el kion se tornó totalmente verde. Sus ojos y su boca cambiaron, haciéndose totalmente redondos, y su piel se llegó de abultadas rugosidades.

Los kion acababan de sufrir el mayor golpe después de la muerte de sus cuerpos biofísicos, mas no se daban por vencidos, habían obtenido cuerpos para cuarenta kion que ahora estaban armados y en sus manos tenían a treinta y tres terrícolas capturados, ya que siete de ellos habían sido abatidos en el intento de escapada.

Conectó el sistema de megafonía exterior y a través del micrófono les habló:

—Terrícolas, escuchadme bien, sois prisioneros de Kion. Cualquiera de vosotros que trate de escapar o no obedezca de inmediato las órdenes que se le den, será exterminado. Ahora, os pondréis en fila de a tres y emprenderéis la marcha hacia la metrópoli, debidamente escoltados. Vuestra única posibilidad de vida es que los terrícolas que se hallan en la nave *Protozoo Z21* se entreguen. De lo contrario, moriréis todos.

* * *

Mientras, Nella miraba hacia el cielo donde no se veía más que un nítido azul, sólo eso. Al otro lado de aquella capa azul que envolvía al extraño planeta que creían deshabitado, pero que lamentablemente habían comprobado que poseía habitantes ofensivos, debía estar a la nave terrícola. ¿Se marcharían todos, abandonándoles a su suerte?

Hubo un movimiento general de desilusión. Por otra parte, allí había aún seis *Monomicron* de combate y en la nave *Protozoo* sólo debían quedar cuatro. Si se entablaba un combate entre naves *Monomicron*, los kion estaban en superioridad numérica. Todo parecía

perdido, máxime teniéndoles a ellos secuestrados.

Emprendieron la marcha, formando en fila de tres.

Los dos kion que les escoltaban, colocados a derecha e izquierda, se mantenían vigilantes con sus armas. El kion mayor Tager no les siguió, se quedó en su *Monomicron*.

Al llegar a la primera línea de edificios de la metrópoli aparecieron los otros kion. Eran los cuerpos de los que antes habían sido sus compañeros, pero ya ostensiblemente mutados, sin enmascaramiento alguno.

Eran kion y no terrícolas pese a las ropas que vestían y a las armas que empuñaban. Sus pieles eran de color verde, sus ojos redondos, sus bocas también, sus epidermis desagradablemente rugosas.

Los terrícolas prisioneros comprendieron que estaban perdidos. Mientras habían sido conducidos sólo por dos kion por el espacio abierto, habían llegado a pensar que se les podía presentar una oportunidad de salvarse pero ahora, viéndose rodeados de todos aquellos kion, comprendieron que no había escapatoria.

Los kion armados se dividieron en dos grupos. Uno de ellos se unió a los que escoltaban a los prisioneros y prosiguieron la marcha por el interior de la silenciosa metrópoli, un silencio que hacía que sus pasos se pudieran escuchar claramente.

El otro grupo se dirigió hacia las naves *Monomicron* y cargueras para protegerlas, pero todos ellos miraron con profunda rabia los restos de su santuario de inmortalidad reducido a cenizas.

Sus hermanos habían dejado de existir, consumidos en medio de tanta energía. Hasta los espíritus que estaban compuestos de energía podían consumirse a elevadas temperaturas, como así había ocurrido.

* * *

El capitán Shelk Liberius se introdujo en la nave *Protozoo* a través de uno de los cartuchos lanzadores; de esta forma no había que despresurizar todo el hangar que era muy grande.

Quedó encerrado. Volvió a abrirse el cartucho por el lado opuesto y deslizándose por los raíles, se internó en la nave. Peter Gonzálvez salió a recibirle.

—¿Cómo te encuentras, Shelk?

Shelk Liberius saltó de la nave y dijo, pesaroso:

—Yo, bien; los que están abajo me temo que mal.

—Os he seguido con las telecámaras, he presenciado el combate. Has estado magnífico.

—Lo que importa son los prisioneros.

—He visto que los llevaban a la metrópoli.

—Hay que rescatarlos.

Peter Gonzálvez, mirando a Shelk de una forma que le aceptaba implícitamente como comandante en jefe de la nave, preguntó:

—¿Tienes algún plan?

—No, pero hay que pensar algo y cueste lo que cueste, tenemos que rescatarlos.

—¿Y si ya no les interesa mantenerlos vivos y los matan a todos?

—No creo que lo hagan.

—¿Por qué no? Están en sus manos.

En apariencia, Peter Gonzálvez tenía razón, pero Shelk Liberius le dio su opinión razonada.

—Si los matan, nos dejan con las manos libres para atacarles Tenemos suficiente poder para arrasar esa metrópoli, incluso para partir el planeta en dos y provocar tal cataclismo que allí no quede nada en pie.

—Eso es cierto, pero ¿ellos lo saben?

—Sí, sí lo saben. Se han apoderado de los cuerpos terrícolas y también de sus memorias, lo saben todo sobre nosotros. Saben cuántos somos aquí y de qué fuerzas disponemos.

—¿Nos atacarán?

—Es posible. Hay que mantener la alerta uno en todo momento y si algo se nos acerca, hay que detectarlo y combatirlo.

—Todo estará alerta, Shelk.

—Hay que buscar un plan. No podemos estar todo el tiempo a la espera de ver qué hacen ellos. Tenemos que ser nosotros los que ataquemos primero.

—¿Pese al riesgo de que ellos maten a nuestros hermanos?

—Es un riesgo que no puedo olvidar, pero tampoco debe impedirnos actuar. Sería tanto como someternos a nuestros enemigos que terminarían apoderándose de todos nosotros.

—Comprendo, Hay que luchar aunque exista la posibilidad de la muerte de todos.

—Exacto. Si tuviéramos que huir, ya podríamos hacerlo, ahora mismo, pero no haremos tal cosa, Con esos seres no hay posibilidad de negociación. Ahora son nuestros enemigos, han matado a muchos terrícolas de nuestra dotación y ellos saben que no vamos a quedarnos con los brazos cruzados. Si nos marcháramos, volveríamos con una flota espacial de invasión para reducirlos, Ellos no quieren que escapemos porque podemos informar y su idea fija ha de ser la de captúrame y destruirnos a todos. Así saciarán en parte su rabia por la destrucción de su santuario y por haber impedido que otros tantos terrícolas se conviertan en más seres como ellos.

—Entonces, no perdamos más tiempo y actuemos. Lo principal es no perder de vista a los secuestrados.

Fueron al puesto de mando y allí advirtieron que tenían una llamada. Abrieron las líneas y en pantalla apareció el rostro del kion con el uniforme del mayor Tager.

—Terrícolas, habéis luchado, admitimos que sois valientes, pero de nada os servirá. Shelk se encaró con su enemigo de especie y ya hasta personal.

—Dejad que los terrícolas vayan hasta las naves y puedan regresar a la *Protozoo*. El kion se rio.

—Aquí, quien da las órdenes soy yo.

—No tienes todos los triunfos en tu mano.

—Sí, somos superiores y además poseemos todos vuestros datos con las memorias que hemos invadido. Somos superiores, convenceos de una vez. Vamos a daros un plazo para que os entreguéis.

—No habrá rendición —advirtió Shelk, tajante.

—Si no hay rendición, los terrícolas prisioneros serán muertos y como sabemos que os preocupa la tortura, morirán torturados lentamente.

—No nos atemorizas.

—¿Vas a dejar que mueran tus hermanos?

—Si los matáis, vosotros también moriréis.

—Tus amenazas no me inquietan, terrícola.

—Arrasaremos tu maldito planeta si es necesario. Si mueren los terrícolas, la represalia será total.

Aquella advertencia preocupó al kion aunque resultaba difícil advertir la inquietud en su rostro verde y rugoso, de boca y ojos totalmente circulares.

—No tenéis poder suficiente para destruir un planeta.

—Sí lo tenemos, y si te has apoderado de la mente del mayor Tager lo sabrás perfectamente.

—No os atreveríais a destruir un planeta entero —insistió.

—No es nuestro planeta, es el vuestro.

El kion cortó bruscamente la comunicación, no dando lugar a más discusión ni amenazas.

Habían quedado en una especie de tablas, lo malo era que había treinta y tres prisioneros que había que liberar al precio que fuera, mientras ese precio no fuese entregar a los demás terrícolas.

# CAPÍTULO XI

Peter Gonzálvez se hizo cargo, además de la sección de mantenimiento, de la sección de control, orientación y telecomunicaciones. Iba de un lado a otro, faltaba personal en la nave pese a que todos estaban de servicio y no sabían hasta cuándo duraría aquella anómala situación.

Nadie podía irse a descansar. Alguien se encargaría de repartir comida de una sala a otra, pero nadie podía abandonar los puestos que les habían sido asignados.

El radar automático advirtió de la elevación en el cielo del planeta de un objeto volante. De inmediato, Peter Gonzálvez pulsó las teclas adecuadas para que las telecámaras automáticas enfocaran el objeto volante y en pantalla apareció una Monomicron que había despegado de la gran explanada.

—¡Atención, atención! —gritó a través del micrófono mientras, pulsaba el botón de alarma roja.

—¿Qué ocurre? —preguntó Shelk a través del intercomunicador.

—Una nave *Monomicron* viene hacia nosotros. Hay que darse prisa, seguro que nos atacará.

—Mantén los sistemas de defensa, voy a dar orden al teniente Duncan.

El teniente Duncan ya estaba en su Monomicron, metido en un cartucho de disparo a la espera de un posible ataque.

—Teniente Duncan, ¿me escuchas? Te habla Shelk —dijo, apeándose su propio tratamiento de grado.

—Le oigo, capitán.

—Una nave *Monomicron* viene hacia nosotros, sal y destrúyela. Es un extraño que pretende eliminarnos.

—Cumpliré su orden, capitán.

Se abrió la compuerta y la *Monomicron* salió disparada hacia el espacio, propulsada a gran velocidad.

El teniente Duncan trataría de aprovechar aquella superior velocidad para vencer a su enemigo que volaba hacia la *Protozoo Z21*.

Shelk, lo mismo que Peter Gonzálvez y otros miembros de la escasísima dotación que quedaba, contemplaron a través de las pantallas lo que estaba sucediendo.

El teniente Duncan lanzó un disparo de microbolas anti-radar para que no pudieran lanzar contra él misiles con radar incorporado. Después, disparó un misil que dio en el blanco, convirtiendo en una bola ígnea a su atacante.

En la *Protozoo Z21* todos suspiraron de alivio.

—¡Capitán Liberius, le habla al teniente Duncan, misión

cumplida!

—Has hecho un magnífico trabajo, Duncan. Creo que habrán aprendido la lección y no repetirán el intento.

El teniente Duncan dio una vuelta en el espacio y regresó a su base dentro de la gran nave nodriza e interestelar.

—¿Crees que eso habrá hecho mella en el mayor Tager.

Shelk, a través del intercomunicador, respondió a Peter Gonzálvez.

—Quiero pensar que sí, aunque resulta extraño hablar del mayor Tager,

—Si, muy extraño. Hemos de acostumbrarnos a pensar que el mayor Tager ha desaparecido, pero de alguna forma hemos de llamar al jefe de los seres que viven en ese planeta.

—De acuerdo, Peter, seguiremos llamándole mayor Tager. Ahora voy a reunirme contigo.

Cerró el intercomunicador. Poco después, mientras el teniente Duncan respiraba ya más tranquilo, Shelk llegó a la sala de control y telecomunicaciones.

—Ya tengo un plan —dijo.

—¿Bueno? —le preguntó Peter Gonzálvez, receloso.

—No lo sabremos hasta que lo hayamos llevado a la práctica.

—Bien. ¿Y cuál es ese plan?

Shelk se lo expuso y Peter Gonzálvez opinó:

—Es una locura, no lo conseguirás.

—Por lo menos, lo intentaré.

—Vas a meterte tú mismo en la boca del lobo.

—No podemos seguir en esta situación, ellos tienen más de treinta prisioneros. ¿Qué podemos hacer para obligarles a que los suelten sin que corran riesgo los propios prisioneros?

—Nada.

—¿Y qué harán ellos para librarse de nosotros?

—Supongo que volver a intentar otro ataque, pero es posible que la próxima vez se preparen mejor y ataquen al mismo tiempo con todas las *Monomicron* que tienen.

—Corremos un gran riesgo dejándoles a ellos la iniciativa, hemos de tomarla nosotros primero.

—Si intentas lo que has dicho, es posible que no regreses.

—Si sucede lo peor, quedarás tú al mando de la nave. Ya sabes, das media vuelta y emprendes el regreso a nuestro Sistema Solar a la más alta velocidad que puedas y comienzas a enviar mensajes de S.O.S. Por lo menos salvarás a los que queden en la nave.

* * *

El plan tenía que comenzar cuando la noche cubriera de tinieblas la metrópoli de los kion, que seguía silenciosa.

El capitán Shelk Liberius se proveyó de un casco defensivo con cubrecaras completo; también su casaca era defensiva. Se ciñó el cinturón del que colgó un cuchillo y dos pistolas y luego se sujetó un planeador de ala delta plegable que no ocupaba más espacio que el de un bolso situado a su espalda. Era un artilugio casi primitivo, pero que resultaba muy silencioso y ligero en los lugares donde había una atmósfera adecuada.

Se colgó también tres fusiles. Luego, subió tras el asiento del teniente Duncan.

—¿Listo, capitán Liberius? —preguntó el teniente que ya había sido informado del plan a seguir.

—Suerte —deseó Peter Gonzálvez, tendiéndole la mano a Shelk.

Los dos estrecharon sus respectivas manos y luego la nave *Monomicron*, pilotada por el cosmonauta teniente Duncan, saltó al espacio y descendió, penetrando en la estratosfera del planeta enemigo.

El teniente Duncan había estudiado bien la situación y la ruta que debía seguir.

—Ya lo sabes, Duncan Cuando llegues al lugar indicado, abre la carlinga

—Sí, señor.

No tuvo que pasar mucho tiempo; volaban a unos siete mil metros de altura, descendiendo por la noche del planeta.

—¡Listo, capitán Liberius, ahora!

Se abrió la carlinga y Shelk Liberius, sin pensárselo dos veces, saltó al espacio mientras la nave se alejaba y la carlinga volvía a cerrarse.

El protector del rostro impidió que el aire le golpeara furiosamente la cara mientras caía libremente, atraído por la fuerte gravedad del planeta.

La *Monomicron* pilotada por el teniente Duncan se alejó a gran velocidad, pasando a no mucha altura sobre la metrópoli de los kion. Efectuó varios disparos al azar sobre edificios grandes, produciendo terribles estallidos y algunos incendios. Tras aquella pasada, regresó a la *Protozoo Z21*.

Aquellos incendios y explosiones sirvieron a Shelk para orientarse. Pudo ver los fuegos a lo lejos, delante de él. Estiró los resortes del paquete que contenía el ala delta plegada y ésta; automáticamente, se montó. El aire la golpeó, pero toda la tela y las varillas del armazón aguantaron.

Shelk voló silenciosamente en dirección a la metrópoli. Era un pájaro de la noche, un gigantesco murciélago que sin lanzar chillidos

se aproximaba a su objetivo, esperando no ser descubierto por los kion.

Como cosmonauta que era, no había tenido mucho tiempo en su vida de practicar aquel tipo de vuelo que hacía parecer al hombre como un pájaro planeador, pero siempre le había gustado dejarse llevar por los vientos, colgado de aquella ala delta.

Había ido perdiendo altura con suma facilidad. El Sol Sirio iluminaba la otra cara del planeta y no se producían oleadas de aire caliente ascendente, las oleadas en espiral que en el planeta Tierra los grandes pájaros planeadores utilizaban para remontar el vuelo. Y una vez flotando en el cielo, escrutaban la tierra buscando el lugar donde aparecía su festín.

Gracias a los fuegos, que se apagaban con notable facilidad por la escasez de materiales combustibles que había en la metrópoli, Shelk Liberius se acercó más y más al suelo, iluminado débilmente por el reflejo de los dos satélites naturales que poseía el planeta

Como un gran murciélago nocturno, suavemente, pero sin dejar de correr, se posó sobre uno de los amplios viales que atravesaban la metrópoli. En realidad, eran viales que se unían en su centro.

Ya en el suelo, agradeciendo que no luciera el Sol Sirio, lo que hacía que la temperatura bajara muchos grados, echó a andar abandonando el ala delta de color negro.

Confiaba no haber sido descubierto. Nadie esperaría que un terrícola se atreviera a descender solo sobre el planeta, suspendido en una especie de cometa.

Avanzó por el vial hacia el centro, caminando sobre aquel suelo liso con paso rápido y oído atento durante casi media hora.

Al fin, ante él quedó la magnífica plaza de suelo tan pulimentado como si fuera de cristal. No podía arriesgarse a cruzarla, por lo que se salió por la derecha. Daria un gran rodeo.

Estaba seguro de que los kion habrían puesto vigilantes, aunque se sentirían tranquilos tras comprobar que la *Monomicron* del teniente Duncan se había alejado, tras lanzar un bombardeo ligero.

En realidad había sido una salva de aviso, ya que la *Monomicron*, cargada con el exceso de peso de un pasajero adicional, no había podido cargar más misiles, detalle que de haberlo conocido los seres de Kion hubieran tratado de aprovechar.

Su objetivo era el gran palacio del parlamento del que Johnny le había dado algunos datos. ¿Sería ahora Johnny uno de ellos?

No escatimó el rodeo para buscar la fachada posterior del gran palacio. Al fin, encontró una puerta que estaba cerrada. La palpo con su mano y comprobó que era de metal bronce o algo parecido.

Empuñó uno de los fusiles. Se apartó de la puerta y disparó el rayo láser ultratérmico. Era un rayo fino, no mayor que el grosor del

dedo meñique, pero que comenzó a cortar el metal como si fuera pura mantequilla.

Antes de que se desprendiera el pedazo de la gran cerradura, se acercó y empujó la puerta. Esta ofreció una débil resistencia y al fin cedió.

Ante Shelk, la oscuridad era total.

Dudó entre iluminarse o no con su pequeña, pero potentísima linterna y al fin la encendió, graduándola para que su luz no se esparciera escandalosamente.

Se internó por varias dependencias; ya nada le cortaba el paso.

Descubrió luz al final de una escalera que bajaba en espiral. Era amplia y debía conducir a los sótanos de aquel enorme palacio construido por gigantes.

Se asomó a la gran balaustrada y miró hacia abajo, la luz venía del fondo. Poco a poco fue descendiendo aquellos peldaños extraordinariamente altos para los terrícolas.

Bajó dos plantas y descubrió a uno de los kion que había ocupado el cuerpo de un terrícola, pero que ahora ya nada se parecía a un ser salido del planeta Tierra

Su piel era rugosa y verde, sus ojos lo mismo que su boca, redondos como la ventosa de un pulpo. Y supuso que tendrían otras diferencias que a simple vista no se apreciaban.

Se aseguró de que cerca no había ningún otro y le disparó, sorprendiéndole y alcanzándole en el rostro para que no tuviera tiempo de gritar y avisar a los de su especie.

Al kion se le incendió la cabeza y cayó al suelo. Shelk Liberius pasó por encima de aquel cadáver y se introdujo por un pasillo, quedando cara a cara con otro kion.

Ambos iban armados y los dos podían disparar. Shelk no quiso ser él el muerto y hundió el pulsador de disparo.

EL kion quedó incinerado de golpe. Shelk avanzó hasta la puerta que cerraba el corredor. Era una puerta también metálica, sólidamente cerrada. Trató de abrirla, pero la cerradura no cedió y volvió a emplear el fusil para fundirla.

Cuando abrió aquella puerta, antes de ver a sus hermanos de especie pudo olerlos. Inmediatamente, encendió su pequeña, pero potente linterna e iluminó la gran estancia que no tenía más salida que aquélla. Allí estaban los terrícolas capturados.

* * *

—Tranquilos, soy el capitán Liberius.

Hubo exclamaciones de emoción y alguien dijo en voz alta:

—Estaba seguro de que volvería.

—Traigo algunas armas, hay que repartirlas por si nos topamos con esos seres. ¿Dónde están?

Nadie supo responderle y Shelk Liberius repartió dos de los tres fusiles que llevaban y también las dos pistolas. Otros tomaron las armas de los kion abatidos por Shelk.

—Nos marcharemos de aquí con mucho sigilo. Si podemos evitar el enfrentamiento, lo evitaremos. Hay que procurar sufrir las mínimas bajas posibles. ¡Nella!

Nella no respondió. Uno de los que eran pilotos cosmonautas le dijo.

—Se la quedó el tipo que lleva el uniforme del mayor Tager

Shelk sintió una gran rabia e impotencia, tenía que encontrarla

—¿Alguien más se ha ido con él?

Todos quedaron callados. Una chica respondió:

—No, nadie más, se la llevó a ella sola. Nella se resistió, pero la amenazaron con matar a dos de nosotros si se negaba. Fue muy valiente, se sacrificó por sus compañeros.

—¿Y hacia donde se la llevó?

—No lo sabemos, no conocemos nada de aquí.

Shelk comprendió que tampoco podía exponer la vida de todos aquellos hombres y mujeres por rescatar a Nella y ordenó:

—En marcha.

Abandonaron los sótanos del gran parlamento, un palacio austero pero magnífico.

Era una pena que a los seres que habían sabido construir aquel palacio no les importara matar a otros seres que aun viniendo de distinto sistema solar buscaban sólo amistad, la hermandad entre todos los seres de buena voluntad del cosmos.

Salieron del palacio por su fachada posterior. Los kion debían haber pensado que sus prisioneros estaban bien encerrados en aquel sótano.

—¿Dónde tiene la nave, capitán? —le preguntó un teniente piloto que se le acercó por la derecha.

—¿La nave?

—Sí, la nave en la que usted ha llegado.

Shelk Liberius prefirió no decirle que había arribado volando silenciosamente, como un pájaro nocturno.

—Camina —le pidió sin responderle.

La marcha era a paso ligero y el uno coma tres de gravedad se hacía notar, lo acusaban con un cansancio prematuro.

Shelk Liberius no dejó de avanzar a paso rápido y les obligó a rodear gran parte de la metrópoli para evitar ser descubiertos mientras se dirigían a la gran explanada que se hallaba al oeste, aquella explanada que en uno de sus extremos tenía los restos del extraño

santuario destruido por los disparos de Shelk Liberius.

Cuando divisó los cascotes de las ruinas del santuario de la inmortalidad de los kion, Shelk señaló hacía la explanada y dijo:

—Ahí están nuestras naves.

Pero, alrededor de las naves también estaban los kion bien pertrechados y Shelk no podía pedir ayuda a la nave *Protozoo Z21*, pues, de hacerlo, su llamada sería interceptada y todos serían descubiertos. La sorpresa era su única aliada.

# CAPÍTULO XII

A Nella le costaba mantener su mirada sobre aquel ser. Le repugnaba su físico, le producía náuseas sólo mirarlo y él parecía darse cuenta de ello y sonreía pese a lo molesto que estaba.

A Nella también le habían puesto delante un plato con comida, era un pedazo de carne.

La bellísima e inteligente terrícola ignoraba a qué clase de animal pertenecía aquella carne y tampoco le importaba porque se negaba a comer.

—Te parezco horrible, ¿verdad?

Nella permaneció con los labios prietos, sin responder, mientras el kion comía, sorbiendo los alimentos sin masticarlos, aunque los mantenía un tiempo dentro de la boca y luego podía notarse el bolo de alimento pasando por su cuello rugoso al tragarlo.

—A ti te gusta el capitán Liberius, ¿verdad?

—No se dejarán atrapar, ahora ya saben quiénes sois.

—Al fin hablas, bella terrícola, claro que para nosotros sois tan horribles de aspecto como nosotros podamos serlo a vuestros ojos. Sin embargo, los kion poseemos una mente más poderosa y podemos mutar nuestros cuerpos hasta tomar el aspecto que más nos favorece.

—¿Por qué no nos deja marchar? ¿Que va a ganar conservándonos prisioneros en este planeta?

—Parece que no te has dado cuenta de que esto es ya una guerra declarada. Los terrícolas no vais a perdonar la ocupación de un puñado de vuestros cuerpos que ahora son nuestros, ni nosotros le vamos a perdonar a ese capitán Liberius la destrucción de nuestros hermanos de especie que aún se hallaban en estado de energía. Sólo les faltaba un cuerpo, lo mismo podía llegar ahora que dentro de varios siglos, pero esperaban, tenían su esperanza. Más, han desaparecido ya, incinerados brutalmente.

—El capitán Liberius no podía saber que allí se ocultaban vuestros espíritus inmortales o lo que fueran.

—En vuestro planeta le llamáis ectoplasma, aunque no es eso exactamente. Cada uno de nosotros hubo de abandonar su cuerpo biológico cuando éste moría y nos recluimos a la espera de conquistar cuerpos nuevos. Nuestros espíritus o almas, como queráis llamarlos, tenían un peso de unos dos kilos terrestres, más o menos, es una parte de lo que fueron nuestros primitivos cuerpos. Carecían de necesidades biológicas, no teníamos que comer ni que dormir, y mucho menos posibilidades de reproducirnos uniendo nuestros sexos, pero esperábamos pacientemente a que aparecieran cuerpos como los vuestros a los que sólo hay que mutar en parte y son aptos, aunque

algo enanos. Nuestros descendientes ya volverán a ser como éramos nosotros. Ese capitán Liberius debió enterarse de alguna forma, de lo contrario no habría atacado tan directamente nuestro refugio.

—Ha tenido que ser una casualidad. Ha visto que nos conducíais a ese edificio tan extraño y lo ha destruido.

—Lo defiendes con mucho interés, terrícola.

—Es un excelente comandante; él comenzó a darse cuenta de que usted no era el mayor Tager.

—¿Ah, sí?

Nella tuvo la impresión de que el kion se burlaba.

—Sí. Trató de poner las cosas en su sitio, pero el sentido de la disciplina se lo impidió.

—Tendré el placer de matarle personalmente, acabaré con él como él ha aniquilado a mis hermanos.

—El mayor Tager era un héroe del combate espacial, pero Shelk Liberius también es un magnífico cosmonauta de combate.

—El mayor Tager era mejor —opinó el kion.

—Puede ser, pero…

—¿Ibas a decir que yo soy el mayor Tager?

—Sí.

—En cierto modo tienes razón, terrícola, pero piensa que yo poseo las habilidades y la memoria del mayor Tager al ser dueño de su cuerpo y de su cerebro.

—Si luchan frente a frente, él vencerá.

Sin prisas muy seguro de sí, el kion replicó:

—Ese es tu deseo, pero sabes que no se cumplirá y tienes mi eco.

—No tengo miedo si se enfrentan uno contra otro.

—Ardes en deseos de que él me extermine, ¿eh?

—Mentiría si dijera que no.

—Ese combate no lo va a impedir nadie. Los dos saldremos a volar con nuestras naves y yo venceré.

—No saboree el triunfo de antemano.

—¿Por qué no? Vosotros los terrícolas siempre habéis sido muy arrogantes, unos enanos cargados de soberbia. He podido darme cuenta de inmediato al ocupar el cerebro del mayor Tager

—Él tenía motivos para su arrogancia; era un héroe de las milicias espaciales.

—Nosotros también poseemos astucia. ¿Qué crees que hará el capitán Liberius cuando se disponga a atacarme y yo le haga saber que en mi nave lleno de pasajera a la bellísima Nella?

La joven palideció.

—No es posible.

—¿Quién va a impedirlo?

—Es una argucia repugnante.

—Eso quiere decir que dará resultado.

—¡No lo dará!

—Te engañas a ti misma, terrícola. Aunque mi aspecto te repugne, no cometas la torpeza de considerarme inferior, quizá como a un simio de tu planeta. Sé muy bien que ese capitán Liberius, cuando se enfrente a mí y sepa que tú vas sujeta a mi misma nave, no disparará. Antes preferirá morir, que yo lo desintegre con un disparo.

Nella comprendió que lo que decía el kion era totalmente posible. Tras el asiento del piloto cosmonauta, cabía ella perfectamente y bien sujeta no podría estorbarle.

Debía hacer algo para escapar e impedir que Shelk cayera en aquella trampa mortal de la que no saldría viva.

Se levantó rápida y saltó hacia la puerta, mas al abrirla, pretendiendo escapar, se encontró con el cañón del arma de uno de los kion que custodiaban la nave carguera.

El falso mayor Tager continuó comiendo sin preocuparse lo más mínimo.

—Es inútil que intentes huir, no podrás conseguirlo. No obstante, será mejor asegurarse de que no vas a cometer ninguna torpeza. Ponedle esposas en las muñecas y que queden bien sujetas a su espalda —ordenó.

Nella se echó hacia atrás, pero el vigilante subió a la nave y tras él, otro kion. La arrinconaron contra unos asientos y allí la obligaron a colocar las manos a la espalda, retorciéndole los brazos. Quedó esposada sólidamente.

—¡Asesinos! —les escupió.

—¿Asesinos? La guerra es así. Vosotros habéis matado a muchos de los nuestros, a más de los que imaginas. Ahora seremos una comunidad muy pequeña, tendremos que cuidarnos mucho para no desaparecer. Nuestras hembras tendrán que parir el máximo de hijos para que pronto volvamos a ser muchos, los necesarios para habitar nuestra metrópoli. No puedo dejar que vuestra nave escape de regreso al planeta Tierra; vendrían nuevas naves con más milicianos y en número muy superior a nosotros y nos destruirían como venganza por lo que aquí ha ocurrido.

—¿Por qué no negocian? Es posible que si los prisioneros vuelven a la nave grande no haya represalia.

—¿Crees que iba a aceptar como buenas vuestras promesas? Se disolverían en el espacio cósmico de regreso a la Tierra. No, no hay más negociación que el aplastamiento del enemigo hasta su total exterminio. Es la única forma de que el enemigo no pueda recuperarse e intentar la revancha aunque sea al cabo del tiempo Los enemigos que saben esperar son los peores.

* * *

La nave carguera tenía sus ventanas herméticamente cerradas para que desde el exterior no se pudiera ver la luz interior. Pese a no verse luz, pudieron oír claramente el ruido de una explosión que hizo que el mayor Tager se pusiera en pie bruscamente.

—¿Qué ha sido eso?

—Es el capitán Liberius que viene a daros vuestro merecido.

—Ojalá fuera así, terrícola.

Abrió la portezuela y miró hacia el exterior. Pudo ver entonces que se había librado un violento combate.

—¿Cómo es posible? —se preguntó el kion, lleno de rabiosa perplejidad.

Shelk había hecho que sus hombres reptaran en torno a la explanada, rodeándola para impedir cualquier fuga de los kion.

Los kion habían sido sorprendidos. Mientras disparaban parte de los liberados, otros corrían hacia las naves de combate *Monomicron* para impedir que los kion subieran a ellas.

Con su potente linterna, Shelk iluminaba el área de combate dejando al descubierto a los kion que caían fulminados por los disparos de los terrícolas.

El mayor Tager encendió las luces de la nave en que se hallaba, barriendo con sus focos la gran explanada, pero no podía hacer nada, ya que la nave carguera carecía de armas.

—¿Cómo han podido escapar?

—Los habrá liberado Shelk.

—Imposible —gruñó abriendo una de las ventanillas. Entonces, le vio correr hacia la nave—. ¡Maldición, es cierto!

—¡Shelk, Shelk!

Nella trató de correr nuevamente hacia la puerta pese a que tenía las manos esposadas a la espalda.

El kion la cogió por los cabellos, reteniéndola.

—Maldita, estate quieta o no llegarás viva —rugió. Abrió el sistema megafónico exterior y gritó—: ¡Capitán Liberius, capitán Liberius, si me escuchas quiero que sepas que tengo en mi poder a la ingeniero Nella! ¡Si quieres que siga viva, se acabó el combate!

En el exterior, los terrícolas se habían apoderado ya del campo al sorprender a sus enemigos.

Las naves eran ya suyas y el propio Shelk apuntaba con su fusil a la nave carguera en cuyo interior se hallaban encerrados el kion con Nella; pero, había alguien más, alguien que había permanecido horas y horas escondido bajo unos asientos.

—¡No conseguirá nada, está solo! —advirtió Shelk al kion.

Johnny, que había sudado y pasado muchos problemas después

de ocultarse en su *Monomicron*, había esperado a que la nave carguera regresara y se había introducido en ella subrepticiamente, confiando poder permanecer oculto hasta que le fuera posible intervenir con las manos, ya que carecía de armas.

Nella no le vio hasta que Johnny, sudando a causa de la tensión, logró pegarse a la espalda del kion y le rodeó el cuello con su brazo, dándole un fuerte tirón sobre la garganta al tiempo que utilizaba la otra mano para sujetar la muñeca armada de su enemigo.

—¡Shelk, Shelk, ayuda a Johnny, ayúdale!

El grito de angustia de Nella salió al exterior por los altavoces.

Shelk Liberius saltó como un felino a la nave cuando ya el kion, al parecer más fuerte que Johnny Donatello, había conseguido doblar la muñeca del joven y disparaba la pistola que empuñaba.

El dardo luminoso y mortífero penetró en el cuerpo del valiente Johnny. Shelk no dudó en aquel momento en disparar su fusil contra el kion asesino.

Nella, que se había separado de él, le vio caer herido de muerte.

—Nella, ¿estás bien?

—Shelk, Johnny ha dado su vida por salvarme...

Nada se podía hacer ya por el muchacho, él ya lo había hecho todo por los demás, hasta morir a manos del kion.

—Ha sido un héroe. Gracias a su mensaje me enteré de lo que ocurría, lo que lamento es no haberlo escuchado antes

Nella se pegó al cuerpo de Shelk y sollozó amargamente con las manos todavía sujetas a la espalda mientras el hombre la rodeaba con un brazo y la estrechaba contra sí, infundiéndole valor.

* * *

El capitán Shelk Liberius, al frente de la nave interestelar *Protozoo Z21*, dio la orden de regreso,

Eran la mitad de los que habían llegado. Shelk había hecho introducir el cuerpo del falso mayor Tager en un cartucho de criogenización para llevárselo a la Tierra. Los demás cuerpos habían sido enterraros debidamente en aquel extraño planeta que había quedado silencioso. La metrópoli ya no era tan perfecta, tenía algunas ruinas después del bombardeo recibido.

—¿Está archivada la filmación tridimensional de la superficie del planeta? —preguntó

Shelk a Nella.

—Si, nuestros científicos y técnicos podrán estudiarlo bien.

—Entonces ya no hay nada más que hacer aquí.

La gran nave *Protozoo Z21* se separó del planeta X 304 y éste comenzó a verse más y más pequeño hasta perderse en la lejanía de

un mundo plagado de estrellas que era soles rodeados de planetas que quizá poseían también extrañas formas de vida que podían sorprenderles tanto como los seres de Kion, que habían estado a punto de exterminar a toda la expedición, pero sólo a punto, porque no lo habían conseguido.

El teniente Johnny Donatello también había sido introducido en uno de los cartuchos para ser devuelto al planeta Tierra, su vida ya no le podría ser devuelta, pero recibiría el aplauso de los héroes, mientras Shelk y Nella, estrechaban sus manos y también sus cuerpos con emoción, amor y placer.

**F I N**